

LAS ANTILLAS,

REVISTA HISPANO-AMERICANA,

POLITICA, CIENTIFICA, LITERARIA Y COMERCIAL.

DIRECTORES:

D. JOSÉ COLL Y BRITAPAJA Y D. MANUEL CORCHADO.

AÑO I.

El carácter de esta REVISTA admite todas las manifestaciones de la opinion. La especial de sus directores y redactores constará siempre bajo su firma particular ó la colectiva de *La Redaccion*.

BARCELONA.

10 DE MAYO DE 1867.

NÚM. 11.

De los artículos de esta REVISTA sólo podrán ser reproducidos, haciendo constar su origen, los científicos y políticos pero no los literarios que ocupen mas de un número.

LA JUNTA DE INFORMACION.

Segun leemos en los periódicos y sabemos por nuestras noticias particulares, los Comisionados de las Antillas venidos á Madrid para asesorar al Gobierno en punto á las reformas que en el régimen de Ultramar importa hacer, se reunieron por última vez en conferencia el dia 27 del presente, con asistencia del Sr. Ministro del ramo, quien dió á los representantes de las provincias ultramarinas las mas espresivas gracias por el celo, actividad y entusiasmo que han manifestado constantemente en la importante gestion de su cometido.

La última sesion se ha celebrado. Esto importa tanto como decir que el interrogatorio ha sido contestado, que las cuestiones planteadas por el Gobierno á impulsos de las manifestaciones espontáneas de la opinion, han sido en su totalidad resueltas por la Junta. Rara vez se habrá cumplido con mas severa exactitud un precepto del Gobierno, que el que impuso á los Comisionados el mas estricto silencio respecto de las deliberaciones de la Junta y de cuanto tuviera lugar en su interior. Solo al principio tuvieron publicidad algunas ocurrencias, harto dolorosas por cierto, por lo estéril de su resultado y que si de algo sirvieron fué, sin duda, de tea de discordia entre los representantes que, por suerte, hallaron medio de apagarla para bien suyo y de los países que representan. Desde entonces enmudecieron los periódicos y si algunos afortunados llegaron á descorrer el velo que cubria tanto misterio, guardáronse de poner sus descubrimientos en conocimiento del público.

Nada, pues, ó muy poco que no sea aventurado,

puede decirse de los resultados producidos por la primera Junta deliberativa reunida en la Península con tan importante objeto. Su última sesion nos dice que han terminado sus resoluciones; seguimos ignorando lo que ha resuelto en definitiva sobre cada uno de los puntos que se sometieron á su exámen.

Nos indican las palabras dirigidas por el Ministro de Ultramar á los Comisionados, que la opinion de estos ha sido ya tenida en cuenta en la resolucion de cuestiones importantes y, efectivamente, algo ha podido traslucirse, sobre lo que á la verdad algo y aun mucho hallaríamos que decir si no nos propusiéramos continuar guardando el silencio que todos se han impuesto.

Dijo tambien el Ministro que las opiniones de la Junta servirán de norma en el porvenir para terminar la obra inaugurada con su ilustrada cooperacion. Hé aquí una especie que enmaraña otra vez el hilo de nuestro raciocinio puramente deductivo. Porque á la verdad, si las opiniones de la Junta no debieran ser tenidas en cuenta para la resolucion de la cuestion de Ultramar, no sabemos comprender cuál ha sido su mision ni para qué se les llamó á la corte obligándoles á hacer un largo viaje. En este concepto, pues, ó las palabras del Ministro serian completamente ociosas ó envolverian una afirmacion dolorosa de la insignificancia de la mision de la Junta informadora, insignificancia que no nos atrevemos á esperar y que nos seria muy duro tener que reconocer. Nuestra esperanza nos obliga, pues, á colegir, siempre en el terreno de las suposiciones racionales, que las palabras del Presidente en la última sesion fueron la pura expresion de la cordialidad del Gobierno para con los representantes, aunque hayan venido á repetirnos lo que era natural y harto sabido.

Pero no ha sido únicamente bajo este punto de vista que nos ha sido fuerza interpretar las palabras

del Ministro de Ultramar. Ellas encierran otra grave afirmacion que bien pudiera ser, rectamente interpretada, la negacion de lo que mas arriba dejamos sentado.

Hemos dicho que la mision de la Junta quedaba terminada y las palabras que vamos comentando nos dicen que se tendrán presente sus opiniones para **TERMINAR la obra INAUGURADA con su ilustrada cooperacion.**

¿Cuál es el verdadero significado de estas palabras? Si se pretendiera expresar por ellas que los acuerdos tomados en la esfera deliberativa se llevarán al terreno de la práctica por el único poder competente, el poder legislativo, las comprenderíamos perfectamente; porque á la verdad, no otra cosa han podido hacer los Comisionados, aun concediéndoseles las mas amplias facultades, que discutir las bases de la futura legislacion; pero es preciso confesar que las palabras á que nos referimos pueden encerrar un significado muy distinto y que cambiaria de raiz las atribuciones que la opinion pública supone á la Junta. Este significado indicaria sin dejar lugar á duda, que los Comisionados antillanos solo han venido á dar su voto al proponérseles ciertas cuestiones, quedando el Gobierno completamente libre despues, y desligado de todo lazo para obrar á voluntad, al plantear en la práctica las reformas discutidas. En este sentido—es decir, supuesto por un momento, la doble acepcion en las palabras del Ministro—ningun punto de partida nos quedaria, ninguna base sobre que fundar el edificio de nuestras apreciaciones al tratar de sondear el porvenir de la reforma como resultado de las deliberaciones de la Junta que acaba de celebrar su última sesion. Nada podríamos entonces decir á ciencia cierta, ya que probablemente ni llegaríamos á saber nunca el verdadero criterio general de la Junta, á lo menos oficialmente, y tendríamos que atenernos, como si aquella no hubiese existido, á lo que el Gobierno quisiera resolver. En una palabra, las relaciones de los Comisionados hubieran sido, de cuerpo consultivo á Gobierno, no de representacion deliberante á país expectante. ¿Querrá decirsenos, puesta la cuestion en este terreno, que importancia pudo tener para las Antillas la eleccion de los individuos que debian representar en la Junta de Informacion á sus Municipios? ¿No podríamos calificar entonces de pueril el entusiasmo que sacó por algunos dias de su marasmo ordinario á aquellos pueblos, que pensaban fiar su porvenir y sus esperanzas á los ciudadanos en quienes recayó la eleccion? ¿Se habrán engañado por completo los habitantes de las provincias de Ultramar? Veámoslo.

Que la Junta de Informacion tenia atribuciones me-

ramente consultivas, es afirmacion que ni siquiera merece discutirse; está en la conciencia de todos; la ley que presidió á su formacion y su nombre mismo así nos lo aseguran. Pero preguntamos ahora: ¿tenia el Gobierno necesidad alguna de reunirla para proceder á la reforma de un régimen que el mismo empezó por confesar que es defectuoso y sobre el cual versan las constantes reclamaciones de la opinion pública, tan compacta en este punto? Seguramente que no. El Gobierno pudo resolver por sí y ante sí lo que mas conveniente creyera para satisfacer aquella opinion. Pudo hacer la reforma, mas ó menos amplia, en este ó aquel sentido, sin pedir para nada la cooperacion de los pueblos cuyo era el interés de las innovaciones. Sobre esto no queda la menor duda. Habia, además, la práctica constante que absolvía al Gobierno de tomar un acuerdo tan innecesario y desusado como provechoso.

Sin embargo, el Gobierno decidió espontáneamente la venida de los representantes, á fin de aleccionarse en su experiencia y conocimientos, para proceder con mas acierto en asunto tan delicado y trascendental, y la Junta fué un hecho.

Ahora bien: ¿seria lógico, seria racional que despues de haberse reunido aquella por iniciativa del Gobierno que espontáneamente concibió y organizó su formacion, no fueran sus opiniones las que prevalecieran, mas aun, las que formaran el fondo de la futura organizacion de Ultramar? Si bastaban los conocimientos del Gobierno ¿para qué Comisionados que le asesorasen? Y no se nos diga que en vista de la controversia y de la discusion ha podido formarse el Gobierno un criterio, resultado del equilibrio entre las opiniones de los diversos componentes de la Comision; pues á esto contestaremos que es sabido que aquella se formaba de dos elementos, el de conservacion del *statu quo*, constituido por la mayor parte de los Comisionados de eleccion del Gobierno y el de la reforma, representado por los elegidos por los Ayuntamientos. Con esto podrá comprenderse que pretendemos demostrar que no cabe lógicamente ese criterio de equilibrio mas que entre las opiniones de los últimos, ya que se ha reconocido de antemano que es preciso reformar, y con este objeto y no para otra cosa han sido llamados los representantes de Ultramar á la Península. En este caso dicho criterio no será otro que el triunfo en la votacion, ó lo que es lo mismo la ley de la mayoría. Mirada la cuestion bajo este unico punto de vista claro está que queda muy alta la significacion de la Junta de Informacion.

Pero, se nos dirá: si para apreciar las opiniones de Ultramar es preciso consultar únicamente la de los Comisionados de sus Ayuntamientos, ¿para qué se eli-

gieron por el Gobierno algunos otros con las mismas atribuciones que los primeros? Esto es lo que no sabemos contestar y que nunca ha tenido ni puede tener para nosotros explicación. Si se trataba de contrarestar la opinión de los verdaderos Comisionados ¿con qué objeto se hizo venir á la Península á estos últimos? No sería en este caso, ciertamente, para estudiar las aspiraciones del país. Si no era con aquel objeto no sabemos comprender las miras del Gobierno, pues bastaba con los Comisionados de elección popular para instruirle, contestando al interrogatorio presentado.

Sea de ello lo que se fuere, vendremos á deducir de todo lo expuesto que, para que la Junta tenga razón de ser, el Gobierno debe aceptar sus decisiones, traduciéndolas genuinamente en la reforma, si es que se lleva á cabo, del régimen ultramarino. Nosotros debemos confesar que esperamos mucho de los rectos propósitos del Gobierno repetidamente demostrados en lo que va de año, especialmente en el terreno de las preparaciones, el más fructífero á nuestro modo de ver, y sufriríamos una dolorosísima decepción si nuestras esperanzas saliesen fallidas. Las deferencias que el Gobierno ha tenido para con los representantes de las Colonias americanas nos dan derecho á creer en la eficacia de las conferencias celebradas.

Hechas estas aclaraciones, y para las que nos hemos servido únicamente del raciocinio puro, sin tener para nada en cuenta nuestras noticias particulares, ya podremos terminar estos renglones diciendo con un distinguido colega de la corte, cuyas apreciaciones hacemos hoy completamente nuestras:

«Ayer celebró su última sesión la Junta de los Comisionados por las Antillas, convocada por el Gobierno con el objeto de dar su dictámen acerca de las reformas que, reclamadas por la opinión, puedan contribuir con mayor eficacia á su desarrollo y prosperidad.

A tan solemne acto asistió el ministro de Ultramar, quien dió gracias á todos los señores Comisionados, por el celo con que han desempeñado su misión, indicándoles al mismo tiempo que, así como sus opiniones han sido ya tenidas en cuenta al resolver varias cuestiones importantes, de la misma manera servirán de norma en el porvenir para terminar la obra inaugurada con su ilustrada cooperación.

Nosotros que hemos seguido paso á paso los concienzudos trabajos en que con fé viva y verdadero entusiasmo se ha ocupado la Junta informativa; nosotros, que respetando los mandatos superiores, guardamos, aunque con honda pena, un continuado silencio, tanto respecto al interrogatorio que fué sometido á la deliberación de la Junta como acerca de las noticias que

de sus discusiones teníamos, hoy, en que ha finalizado la misión que obligó á tantos ilustrados patricios á abandonar su país, sus negocios y sus familias, no podemos menos de dar á todos, en nombre de nuestras Antillas, las más expresivas gracias.

No todo lo que en la Junta ha sucedido merece nuestra aprobación; quizá en algunas cuestiones hayan prevalecido opiniones contrarias á nuestras creencias; mas no por esto dejaremos de reconocer que el entusiasmo ha sido en todos grande, y no menor la ilustración que han recibido todos los puntos sometidos á su examen.

Esta consideración es bastante para que nosotros esperemos mucho de esta información, en que no puede menos de reconocerse especialísima competencia y los más buenos deseos.»

JOSÉ COLL Y BRITAPAJA.

Nuestro distinguido colega madrileño LA REVISTA HISPANO-AMERICANA, encabeza su último número, correspondiente al 30 del pasado Abril, con un artículo que lleva por título LOS TRABAJADORES LIBRES EN PUERTO-RICO, destinado según se lee en sus primeras líneas, á vindicar la honrada clase de trabajadores puertorriqueños, *desagraviándola de las calumniosas calificaciones con que ha querido regalarla un hijo de aquel mismo país, nuevo Cain á quien el egoísmo y la ambición ciegan á un tiempo.*

Nosotros que abundamos y abundaremos siempre en las opiniones que en esta ocasión ostenta el articulista, aunque debemos confesar nuestra ignorancia respecto de la persona á quien tan duros correctivos van dirigidos, no podemos menos de unir nuestro voto al suyo, asegurando que á haber llegado antes á nuestro conocimiento las ideas vertidas en el libelo á que se alude, no hubiéramos dejado de manifestar nuestra extrañeza é indignación de que semejantes cosas se digan á la faz de un pueblo por uno de sus hijos, guiado probablemente en esta ocasión por un móvil de los más bajos y bastardos.

Sostener, hoy que tanto se han modificado las ideas en ciertas esferas, que el trabajador libre de Puerto-Rico es holgazan y perezoso, como intenta hacerlo el libelista, es desconocer deplorablemente las razones que militan en pró de la opinión contraria. Examinense las condiciones en que se encuentra el trabajador libre en Puerto-Rico; véase la protección que encuentra su trabajo; no se olvide las pocas necesidades que le acosan; échese por último en la balanza la influencia

del clima y de las costumbres del medio en que vive, y dígasenos si el criterio de relacion nos dará otro trabajador en el mundo mas apto y mas dispuesto que el puerto-riqueño para entregarse á las faenas ordinarias con que atiende á su subsistencia el que ha de ganar con el sudor de su rostro el pan cotidiano de la familia.

No desconocemos que para los que estudian los hechos á larga distancia de la escena en que se desarrollan, fijándose solamente en la superficie sin penetrar en el fondo y en las causas, hay ciertas esteriores que pueden llegar á descarriar la inteligencia, conduciéndola á falsísimas apreciaciones. Pero nos parece textualmente imposible que el que ha crecido á la sombra de esos hechos, los desconozca por completo, atribuyéndoles orígenes que tan léjos se hallan de ser los verdaderos. En semejante caso, sino queremos hacer juicios temerarios, fuerza será que neguemos en el apreciador de tales hechos el criterio y los conocimientos indispensables para el estudio que intentó llevar á cabo.

«El solo aspecto de los campos puerto-riqueños—dice el articulista—donde apenas descubre la mirada tierras incultas, allí donde se pierde la vista, ora contemplando dilatadas llanuras que alfombra la rica planta de azúcar, que constituye su mejor, sino mas sólida riqueza, ora succulentos prados que alimentan numerosos ganados, que, despues de abastecer las exigencias del país, van á venderse á puertos extranjeros: las altas cumbres de los cerros cubiertos de cafetos que solo nacen y producen bajo la inteligente y constante mano del labrador, todo, todo revela que aquellos pobladores no miran con horror la práctica del trabajo.

Y si de los campos apartamos la mirada y la fijamos en las poblaciones que nacen ó se renuevan, y en las vias de comunicacion que las enlazan, tambien nos dirán sus muchas obras de arte que hay allí quien trabaje.»

Estudia luego el articulista la relacion que existe entre el trabajo libre y el forzado para deducir la importancia del primero, consignando al paso, con acertadas citas de escritores extranjeros que se han ocupado del trabajador puerto-riqueño, que seria por demás refutable la opinion que atribuyera su laboriosidad á la institucion de la *libreta* que le obliga.

Concluye el autor del artículo que nos ocupa, su desagravio, utilizando como incontestables argumentos los elocuentes datos de la Estadística criminal que tan alto hablan á favor de la menor de las Antillas. Donde hay moralidad no pueden menos de desarrollarse provechosamente los hábitos del trabajo.

Nuestras ideas constantemente vertidas en las columnas de la Revista nos excusarán de repetir que tenemos en mucho las condiciones del trabajador libre de Puerto-Rico, que jamás nos ha dado que temer, inspirándonos por el contrario grandísima confianza para lo porvenir.

Dicho esto, dicho está que nos adherimos completamente á las opiniones de la Revista madrileña.

PROYECTO DE LEY SOBRE LA CASACION

CIVIL Y CRIMINAL.

ARTÍCULO PRIMERO.

El dia 24 de noviembre de 1860 decia D. Lorenzo Arrazola en el Senado: todo ministro, aunque no haya llegado á serlo por el camino derecho, desea siempre hacer algo para que á su salida quede alguna cosa que le honre. Y decia esto refiriéndose particularmente á la promulgacion de leyes que sean las reguladoras de las relaciones sociales.

Hoy en que el mecanismo político de nuestra España concede á los representantes del poder ejecutivo una intervencion directa é indispensable en el ejercicio del legislativo, y en que la costumbre de las Cámaras ha limitado á los mismos representantes casi toda la iniciativa en la presentacion de los proyectos de ley, es un hecho que aquel ministro que no puede estampar muchas veces su firma en la Gaceta al pié de disposiciones, no transitorias, sino trascendentales y de interés general, viene hasta cierto punto á hacer un papel desairado en cuanto no deja tras sí cosa alguna que le honre.

Por este motivo, sin duda, ha podido observarse que desde que nos regimos por el sistema llamado representativo, todos los que han tenido en su mano las riendas del Gobierno, se han presentado animados de la idea de reformas, y no contentos con administrar simplemente, han puesto empeño en legislar cuanto les ha sido posible, llenando la Coleccion Legislativa de Leyes y Decretos que, ya en un sentido, ya en otro, han alterado las reglas del derecho, así en lo público, como en lo privado.

Ni un momento hemos dudado de la buena intencion y patriótico deseo que ha inspirado esta conducta; pero mas de una vez nos ha ocurrido que quizás no es lo mas conveniente para el respeto que en todos tiempos han de merecer las prescripciones del dere-

cho esta continua mutabilidad que cuando ménos ha de ceder en demérito de la fé que debe darse á las leyes y producir la casi imposibilidad de ser comprendidas, y hasta sabidas, por los mismos que deben obedecerlas.

Un mal gravísimo resulta á nuestro entender de esta manera de legislar. El derecho objetivo, que no es otra cosa que la manifestacion de la justicia, aunque dividido en muchas ramas por las exigencias de la variedad de relaciones que regula, forma siempre un conjunto uno y uniforme porque ha de obedecer á principios inmutables. De aquí que el edificio de la legislación por vasto que sea, no puede construirse por capricho ni al azar, sino que cada uno de sus elementos ha de colocarse en el lugar que tiene de antemano señalado y con la debida relacion con los demás pre-existentes, á fin de que esté en armonía con ellos. Si de otro modo se procede, solo servirá para confusion y desórden lo que se hizo para un fin diametralmente contrario.

Y sin embargo, esto es lo que sucede de algun tiempo á esta parte. Aparece ó se modifica una relacion, créese que es indispensable legislar sobre ella y así se hace, las mas veces impremeditadamente, atendiendo, mas que á los principios de derecho, al clamoreo de los interesados y á la necesidad del momento. Así hemos visto en nuestros tiempos fabricar muchas leyes, todas diminutas, todas poco conformes con el espíritu general de nuestra legislación y las mas de las cuales, por esta misma razon, han nacido desautorizadas, sin condiciones de existencia, para ser derogadas ó modificadas ó muertas poco despues.

Otra cosa sucederia si en vez de legislar al dia, como puede decirse, se meditase concienzudamente sobre la reforma general de nuestra legislación, ya que esta se conceptúa indispensable, y reunidos los elementos necesarios, se abordase de frente, con la firmeza que lleva consigo una conviccion ilustrada, esta misma reforma, llevándola adelante á la mayor brevedad y consiguiendo tener de una vez puestos al nivel de los adelantos del siglo nuestros Códigos, los mas de los cuales, si bien respetables y honrosos para la nacion que los ha dictado, no cumplen ya con muchas de las exigencias presentes y contienen inútiles arcaísmos que deben desaparecer.

Así creemos que debe y puede hacerse, sin que se entienda que con ello se habrá dado la última mano y terminado la tarea del legislador, porque esto seria negar el progreso que existe en el derecho, como en todas las demás esferas en que se desarrolla la actividad humana; pero sí que despues de hecho, se habrá dotado al país de todas las ventajas que lleva consigo una codificación completa y quedará tiempo al des-

canso antes de que la humanidad haga otra de estas gigantescas evoluciones que cambian la manera de ser de los individuos y de los pueblos.

Especialmente en lo que al derecho comun se refiere, es la que indicamos medida reclamada por los mas de nuestros jurisconsultos y estadistas. En el propio sentido se han tomado laudables disposiciones que han producido el Código de Comercio, el Penal y las Leyes de Enjuiciamiento civil y mercantil; pero aun así, ¡cuanto queda todavía por hacer!

No tan solo es de lamentar que se haya interrumpido la tarea que con tan buenos resultados se llevó adelante hasta 1855, sino que además parece que se ha abandonado por completo aquella senda, y que se vuelve al antiguo sistema de disposiciones particulares y desunidas. Así nos inducen á creerlo ciertas leyes votadas por las Córtes, que han alterado el derecho civil, entre las cuales quizás únicamente la hipotecaria responde á su objeto; y mas que todo, las últimamente presentadas relativas á modificaciones en el procedimiento y en la organizacion judicial.

Respecto de estas últimas no sabemos atinar el motivo que haya inducido á presentarlas aisladas, cuando tenemos en observancia una ley de Enjuiciamiento civil, y cuando hay formadas unas bases para la de Organizacion de tribunales. El ministro que suscribe el proyecto de que hemos de ocuparnos indica en el preámbulo que hoy no seria el momento mas á propósito para presentar la reforma general en el orden judicial y por esta razon espresa que se limita á la Casacion.

Pero no se pierda de vista que si esta ha de ser razon valedera en el dia presente, hay que renunciar perpetuamente ó á lo ménos por mucho tiempo á la esperanza de obtener la mencionada reforma; puesto que siempre como ahora habrá de lucharse con la obra secular de la autoridad legal y del tiempo y con las graves dificultades económicas que arredran hoy al ministro.

Es efectivamente rémora y obstáculo fuerte para todo lo que tiende á reformar lo existente, el prestigio de que esto se halla revestido por el mero hecho de ser, y el apoyo inconsiderado que le prestan los indiferentes con su apatía; pero no es ello mal de estos momentos, sino fenómeno que en todos tiempos y lugares hemos visto realizarse. Y sin embargo siempre que el prestigio lo ha tenido sin merecerlo una institucion caduca, no ha podido impedir la desaparicion de esta. Habrá sido á lo mas motivo de lucha, sin que nunca haya llegado á resistir por completo á la reforma que se apoye en la razon y en la justicia: porque ésta es la verdad, que siempre logra prevalecer.

Los partidarios de la escuela histórica se muestran muy timoratos siempre que se trata de introducir novedades, y aun admitiendo que estas sean urgentes y necesarias, no se atreven á plantearlas de una vez, sino que aconsejan que vayan propinándose en pequeña dosis, de modo que se introduzcan sin ser sentidas. No queremos remontarnos á la discusion de si es preferible en general este sistema tortuoso al mas franco de los que quieren que se realice la justicia en el momento que sea conocida; pero sí diremos que en cuanto á la cuestion presente, á lo que se refiere á reformas en el enjuiciamiento, no puede haber diferencias entre las dos escuelas.

Porque la ley procesal es una ley de forma, puramente adjetiva, que no viene á regular relaciones preexistentes nacidas de los intereses, de los hábitos ó de la naturaleza misma, como lo hace el Derecho civil; sino que como tiene por objeto poner en accion este derecho, ella es la que crea las relaciones que ha de regular. De aquí que el legislador tenga al darlas una mayor libertad de accion, pues con ella mientras se respeten los principios de justicia, que en concreto son la menor dilacion, el menor gasto y el mayor acierto, no hay peligro de lastimar los derechos de los particulares, ni de desconocer ó apreciar mal los hechos independientes de la misma ley.

El Código civil al tratar de la familia, ó de la propiedad, no puede prescindir de las cualidades inherentes á estas instituciones que forman la base del estado social, ya las tengan por su naturaleza misma, ya se las haya dado el tiempo y la costumbre. Es imposible quitarle al padre su autoridad en la familia, como lo es privar al hombre del dominio sobre su cosa. La ley que así lo hiciera no seria un solo momento obedecida. Preciso le es, pues, doblegarse á estas ineludibles exigencias y adaptar sus preceptos al modo de ser de las relaciones que regula, sino quiere producir trastornos irreparables.

Pero las leyes de procedimientos, preceptivas en su mayor parte, marcan los trámites que deben seguirse para obtener unas reparaciones cuando el derecho ha sido violado; y estos trámites, con tal de que se atemperen á los principios generales que rigen sobre la materia, no obran directamente sobre el particular, ni le resulta á éste perjuicio de su modificacion, porque como solamente en casos ánomalos ha de acudir á hacer uso de ellos, el hábito no puede llegar á formarse.

Es verdad que la reforma en el procedimiento produce algun trastorno; pero es transitorio y limitado al enlace de lo que se halla pendiente en el momento en que se verifica, y para impedir todo perjuicio y obtemperar el principio de que la ley no puede tener

efecto retroactivo, hay el facilísimo medio de dejar al arbitrio de los interesados seguir los trámites de la ley antigua ó acogerse de comun acuerdo á la nueva.

Esto supuesto, es evidente que aun aquellos que todo lo posponen al respeto de lo que ya existe y que solo se atreven á modificarlo poco á poco, no han de tener inconveniente en que se proceda de otra manera al tratar de las leyes procesales en las que no obran las costumbres y tradiciones de los particulares. Así se lo hemos oido decir terminantemente á algunos de los mas ilustrados partidarios de este sistema; así lo hemos visto practicado por ellos con mayor estension de la que nosotros aquí le hemos dado, al reformar radicalmente no solo el Enjuiciamiento civil, sino tambien la legislacion criminal; y los satisfactorios efectos producidos no pueden dar márgen á que se arrepientan de haber obrado como lo han hecho.

Por esta parte, pues, no habia dificultad en que el proyecto dejando de circunscribirse á la casacion se hubiese estendido á toda la organizacion de tribunales cuyas bases se hallan ya formuladas, y á la reforma del Enjuiciamiento civil y criminal.

Reconocemos que esto hubiera sido objeto de mas largo y detenido trabajo, que hubiera dado lugar en las Cámaras á discusiones empeñadas y prolijas; pero ¿se acortará este tiempo ó se evitarán las discusiones presentando por separado los proyectos? No podemos creerlo, antes bien es probable que con este sistema se dé ocasion á mayores dilaciones.

Presentando solamente el proyecto sobre casacion podrá sin duda ser convertido en ley en toda la legislatura presente; pero despues solo tendremos organizado el Tribunal Supremo y faltará todo lo relativo á los demás funcionarios de la administracion de justicia. Esto habrá de hacerse porque, como dice el mismo preámbulo, hace tiempo que es por todos reconocida y anunciada la necesidad de una reforma en el órden judicial, y al hacerlo se empleará el tiempo y se suscitarán las discusiones que ahora se temen.

Porque estas discusiones no pueden faltar, no ya tan solo por la participacion que á las Cámaras compete en la formacion de toda ley, sino por la gran importancia que tienen las de esta clase, que exige sean muy meditadas y muy discutidas. De esta suerte reunen á las garantías de acierto, la solemnidad que les presta la discusion pública, y sirve esta al mismo tiempo como regla de interpretacion á los que han de aplicarlas y á los que han de obedecerlas.

El ahorro de tiempo y de discusion no será, pues, otro que el correspondiente á lo que deje de hacerse, lo cual no es una ganancia positiva. Si la necesidad de la reforma general está reconocida por todos, si

no puede dejar de hacerse en un período mas ó ménos próximo, cuanto mas pronto se haga mejor, porque con ella se alcanzarán todas las ventajas que de la misma nos prometemos.

Aun hay mas. Si para realizarla se necesita que las Cámaras dediquen á su discusion y exámen un gran número de sesiones, no nos parecen tan inoportunos los momentos presentes, por razones que están al alcance de todos aunque no se enuncien, ni es probable que en ellos se susciten las polémicas apasionadas de que habla el preámbulo.

Tambien nos hacemos cargo de que con la nueva organizacion de tribunales planteada en un todo, ha de resultar por el pronto gravado algun tanto el presupuesto, porque la administracion es generalmente mas costosa en proporcion de su mayor perfeccion. Sin embargo, aunque sin pretender entrar en un estudio comparativo por demás prolijo y ageno de este lugar, aventuraremos la probabilidad de que no sería el gravámen tan excesivo como á primera vista puede parecer. Y en cambio, atendidas las bases que hasta ahora conocemos, resultarían los particulares notablemente beneficiados por convertirse en cargos de sueldo fijo, los de ciertos empleados que ahora cobran por arancel, lo cual permitiría en compensacion un aumento en el precio del papel sellado en cuanto fuese necesario para indemnizar al tesoro público de las nuevas obligaciones que se impusiera.

Por todas estas razones hubiéramos preferido que se entrara mas abiertamente en la senda de la reforma; que toda vez que se trata de alcanzar un beneficio, no se hubiese vacilado en estenderlo hasta donde puede llegar, y estamos seguros de que pronto se hubieran tocado los resultados de este paso que á algunos podrá parecer osado, y que sin embargo no es sino el que natural y lógicamente debia dar el legislador.

No se ha creido prudente empero hacerlo así; y como nuestro objeto por ahora se reduce á examinar el proyecto de ley, de él nos ocuparemos tal como ha sido presentado, haciendo abstraccion de que una gran parte de él ha de presentar muy distinto colorido del resto del sistema procesal vigente, puesto que ha sido redactado con un espíritu de reforma y en contemplacion á ciertos principios que mas adelante habrán de estenderse á todo el procedimiento; pero cuyo desarrollo por ahora no existe.

Bajo este concepto, pues, no descenderemos á los detalles del mismo, sino que nos limitaremos á hacer aquellas observaciones generales que nos sugieran los principios de reforma proclamados, haciéndonos al propio tiempo cargo de las ventajas que de ellos pue-

den resultar; anticipando desde ahora la idea de que en general nos parece el proyecto digno de alabanza, porque se plantean en él mejoras cuya falta se notaba en nuestra legislacion, y se inician otras que, cuando obtengan el debido desarrollo y aplicacion mas estensa, han de ser fecundas en beneficiosos resultados.

Este estudio por partes nos servirá de materia para los artículos siguientes.

GONZALO SERRACLARA.

LA FUSION SOCIAL EN COLOMBIA (1).

Caractéres típicos de las razas y castas de ese continente.—Tipos particulares de la Confederacion Granadina

II.

El indio de Pasto;—el indio Chibcha;—el mulato de los valles y costas;—el Llanero;—el Zambo de los grandes rios.
—Las zonas etnológicas.

¿Qué cosa es el indio pastuso ó habitante de las alti-planicies de Pasto, en el sur de la Confederacion? Para definirlo en pocas palabras, sin ninguna intencion ofensiva y atendiendo solo á los caractéres prominentes, diremos: el indio pastuso es un guerrillero vascongado semi-salvaje, de raza primitiva. En las alti-planicies de las montañas de Pasto, donde reina una perpétua primavera, la vida es fácil y barata, los cereales y las plantas mas útiles crecen en abundancia, alternando con vergeles que le dan al país el aspecto de una sucesion de paraísos, y las crias de ganados, la industria de tejidos y otras análogas prosperan en cuanto es posible. El indio pastuso, de raza probablemente *quichua*, vive, pues, contento en medio de la abundancia y sin necesidades ni cultura, reacio á la civilizacion, impasible ante el progreso. Es un salvaje sedentario, bautizado, que habla español, (aunque con provincialismos) y cree que el mundo está todo en sus montañas, sus pueblos y cortijos y sus fiestas parroquiales. Pequeño de cuerpo y rechoncho, de color bronceado mas bien que cobrizo, con la mirada estúpida y concentrada, malicioso, astuto, desconfiado, y á veces pérfido, indolente en lo moral, pero laborioso y sufrido, fanático y supersticioso en extremo, el indio pastuso es un ser tan fácil de gobernar

(1) Por motivos ajenos á nuestra voluntad no hemos podido publicar hasta hoy la segunda parte de este importante trabajo que de la corte nos remiten.

Véase la primera en el núm. 7.

por medios clericales como indomable una vez que se ha declarado en rebelion.

Fué en Pasto donde el régimen colonial resistió mas tenazmente á la revolucion de la independendia, invocando á Fernando VII, y es de allí que han surgido todas las insurrecciones sangrientas y tenaces, en nombre de la religion, despues de la constitucion de *Colombia*. El indio pastuso tiene su cortijo para trabajar y vivir, pero dentro de la casa se halla infaliblemente el telar rudimentario, el fusil del guerrillero, la *múcura* ó vasija de *chicha* ó la botella del *puro anisado*, y una coleccion de imágenes de santos, cuando no un altarcito. ¿Se trata de pagar los diezmos y primicias (voluntariamente) ó de costear fiestas eclesiásticas? Está listo y paga con largueza. ¿Se trata de un *fandango* para beber sin medida? De mil amores. ¿Se trata de ir á la escuela, pagar impuestos públicos, prestarse á las operaciones del censo de poblacion ó concurrir libre y espontáneamente á las elecciones? El indio dice:—Negado. ¿Se trata, en fin, de organizar una guerrilla y declararse en rebelion bajo el mando de algun tenaz fanático? El pastuso está pronto.

¿Y cómo hace la guerra? Hoy se presenta en un desfiladero, ataca resueltamente, haciendo fuego con admirable precision, y si el negocio va mal, desaparece como por encanto en la espesura del bosque. Mañana llegais á un cortijo: un indio está desyerbando su sementera ó tejiendo una *ruana* de lana.—«¿Ha visto V. á los enemigos?» le pregunta el jefe de una compañía.—«¡No, mi amo! naita de eso!»—responde el indio. El oficial sigue adelante, y el indio astuto, que el dia anterior os habia combatido, saca su fusil de entre la techumbre de su choza, corre por los brezales de la selva como un gamo, y le asesta un balazo mortal al que acaba de interrogarle! Es así como hacen la guerra los pastusos, cuya existencia, en los tiempos de paz, es una simple vejetacion física y moral. Es, pues, un tipo análogo al del antiguo guerrillero vascongado, pero infinitamente peor, porque no tiene los instintos democráticos ni las virtudes sociales y domésticas del campesino de Guipúzcoa, Alava y Vizcaya.

Muy diferente del indio pastuso es el indio de raza *chibcha* que puebla, al lado de los blancos criollos, las alti-planicies y montañas de Bogotá, Tunja, etc., en la cordillera Oriental. Su tipo físico no ofrece diferencias muy particulares, pero en lo moral es distinto. Frugal pero intemperante, paciente pero estúpido, es incapaz de servir para guerrillero, pero hace un incontrastable soldado de línea, por su obediencia pasiva, su impasibilidad y su prodigiosa resistencia para

caminar á pié, cargado con pesados tercios. Sencillo, profundamente ignorante, estacionario y conservador por escelencia, sin ambicion ninguna, desconoce totalmente la significacion de la palabra *ciudadano* y esquiva toda ingerencia en las cosas públicas. Fanático, supersticioso, idólatra en su modo de entender el catolicismo, es sin embargo inofensivo, y jamás se entusiasma hasta llegar á las vias de hecho por motivos religiosos.

Además el indio chibcha es desconfiado y tímido, muy hospitalario y benigno, esencialmente agricultor y celoso por su propiedad, regateador y locuaz hasta la terquedad. Carece absolutamente de aptitudes artísticas, es frio en el amor, adicto al matrimonio por amor al sosiego y al trabajo, fiel á sus superiores, y honrado en el fondo, aunque poco sincero en sus tratos. Es evidente que el indio chibcha ha permanecido estacionario á causa de una doble influencia: la del clima, generalmente frio, y la de las instituciones coloniales y prácticas monacales, que se arraigaron en las alti-planicies mucho más que en las regiones bajas. En realidad, la inmovilidad española de los tiempos coloniales armonizaba singularmente con las cualidades sedentarias del elemento chibcha.

Es evidente que el cruzamiento de la raza española con las indígenas y la africana negra ha producido en Nueva-Granada castas mestizas muy apreciables, á pesar de sus actuales defectos de educacion (1). Los tipos enérgicos del guache y el orejon, de la alti-planicie de Bogotá, procedentes de español é indio, son escelentes ejemplos de nuestra asercion, lo mismo que la yapanga de Ropayan, el guantero de Medellin, etc. Pero es en el *mulato* y el cuarteron donde aparece con más energía el resultado de las fusiones que se han operado.

En Colombia, cuando las revoluciones ó facciones no son promovidas directamente por los gobernantes, ó por los jefes militares (y esas son las más frecuentes), las suelen hacer los mulatos, ó por lo menos encuentran fácil apoyo en ellos. De ahí la mala fama que en Europa se les ha dado á las poblaciones mulatas ó pardas. ¿Es por espíritu de casta, por odio á los blancos ó por aspiraciones comunistas que los hombres de color son tan accesibles á las agitaciones civiles? No, de ninguna manera. En Nueva Granada no ha habido jamás lucha de castas. ¿Es por motivos de malestar social, de opresion ó de inferioridad legal? Tampoco. El mulato es turbulento porque es mulato, es decir, por exuberancia de savia, de be-

(1) Lo que decimos de Nueva-Granada es aplicable, por regla general á toda Hispano-Colombia.

llas cualidades, exuberancia que, careciendo todavía del doble freno de la educación y de los intereses bien consolidados, produce desbordes pasajeros y que nada malo anuncian para el porvenir. El día en que el pueblo haya hecho su educación de libertad y democracia, y que los intereses se hayan multiplicado y consolidado, por la fuerza de las cosas, las castas mulatas serán uno de los más seguros y fecundos elementos de la civilización en el Nuevo Mundo. Acerca de esto, nuestra convicción es tanto más profunda, cuanto es desinteresada nuestra posición personal.

El mulato hispano-colombiano, que no es objeto de desden ó desprecio como el de Sur-América, gracias al carácter español y á nuestras instituciones fraternales, es un compuesto de las más bellas cualidades del español y el negro, y sus defectos son los de toda casta mestiza en su principio, y los inherentes á una situación transitoria. Nuestros mulatos tienen del negro la resistencia física, la fidelidad, el tierno amor á la familia y la aptitud para los trabajos fuertes; del español, el sentimiento heróico, el espíritu de galantería, el instinto altamente poético, el orgullo caballeresco que no tolera ningún ataque contra la dignidad ó el honor, el génio impresionable, *babard* ó picotero, fanfarron y expansivo; y del colombiano, el amor instintivo á la libertad y las tendencias poco sedentarias. El mulato es novelero é inconstante, lo que prueba que sus progenitores españoles no eran aragoneses ni castellanos; y añade á la voluptuosidad del negro la galante obsequiosidad del andaluz.

Evidentemente se nota en el mulato cierta distribución de los caracteres de las razas que lo producen: su organización física es mucho más negra que blanca; sus cualidades morales, infinitamente más blancas que negras. Pero el mulato exige que se le trate con cuidado. Dócil y flexible ante la benevolencia y la razón suavemente presentada, es áspero, insolente, turbulento, intratable, cuando se siente insultado, despreciado ó manejado con dureza. Rico de fantasía, sumamente accesible á las influencias poéticas, amigo de perfumes, lujo y novedades, gusta de hacer ruido, dar qué decir, y su vanidad generosa y entusiasta le predispone á las pretensiones políticas, al deseo de elevarse, ennoblecerse y hacer papel, casi siempre con desinterés. Su inteligencia es rápida y clara, particularmente para las bellas artes, los negocios de administración pública, la jurisprudencia y el comercio. Su fidelidad conyugal es problemática, su valor arrojado, pero poco resistente, su sentimiento religioso muy despreocupado. El mulato es, pues, un tipo interesante que, bien dirigido, es susceptible de ofrecer resultados no solo apreciables, sino sorprendentes,

gracias al espíritu de progreso y emulación que le distingue.

El *llanero* ó habitante de los inmensos llanos de Casanare y San Martín, regados por el Guaviare, el Meta, el Arauca, y muchos otros afluentes considerables de la banda occidental del Orinoco, es, sin disputa ninguna el tipo más curioso de cuantos han producido en Nueva Granada los cruzamientos de razas, favorecidos por ciertos medios topográficos. El llanero es el gaucho granadino, pero un gaucho infinitamente más poético, más accesible, menos bárbaro. Es un tipo de ópera cómica por excelencia, en el cual se alían lo heróico y pastoril, lo dramático y eminentemente cómico, formando el conjunto más original. ¡Pastor de inmensos y libres rebaños, jinete, toreador y nadador insigne, soldado fabuloso de caballería, poeta de las pampas y de las pasiones candorosamente salvajes, artista galante á su modo, fanfarron y chistoso, el llanero es el lazo de unión entre la civilización y la barbarie, entre el criollo y el indio feroz casi antropófago, entre la ley que sujeta y la libertad sin freno moral, entre la sociedad con todas sus trabas convencionales, más ó menos artificiales, y la soledad imponente de los desiertos, donde solo impera la naturaleza con su inmortal grandeza y su solemne majestad!

El llanero no tiene á la vista nevados ni volcanes, ni colinas risueñas, ni pintorescos verjeles, ni graciosas y regulares villas ó ciudades, ni caminos y puentes, ni fábricas, ni iglesias, ni modas, ni asambleas, ni autoridades, ni policía. Sus verjeles son los bosques seculares de palmeras que vegetan llenos de pompa en las márgenes del río. Sus caminos son las interminables llanuras de horizonte ilimitado, cubiertas de gramíneas gigantescas. Su puente es el caballo, lanzado al través de los ríos y las ciénagas, con el cual pasa por entre enjambres de caimanes y cetáceos de poderosa electricidad, ora agarrándose de la cola del animal,—el amigo del desierto,—ora manteniéndose sobre la silla ó en pelo como una especie de triton ó sagitario. Sus asambleas son con los novillos corpulentos y potros indómitos de la pampa, que recoge y pára en campo abierto ó enlaza á la carrera con su larguísimo reja de infalible precisión. Su régimen de policía consiste en incendiar en los veranos las gramíneas de sus pampas para fertilizarlas, limpiarlas de alimañas y renovar los pastos. Sus modas se reducen á poca cosa, sin necesidad de sastres: el calzoncillo y la camisa flotantes, de lienzo burdo del país, en las faenas comunes; y en los días de gala, el sombrero de fieltro ó de felpa comun, de color gris, el enorme bayeton (ruana ó poncho de bayeta doble, azul), el pantalón corto, el pañuelo de colores (rabo-de-gallo) en

forma de corbata flotante, los aretes de oro en las orejas, los zamarros de cuero de cabra, de oveja ó de leon, las alpargatas de fique y algodón, las enormes espuelas, capaces de desangrar á un elefante, el sable terciado bajo la coraza de la silla, el belduque ó gran cuchillo pendiente de la cintura, el tiple ó la bandola indispensable para cantar los heróicos, galantes é hiperbólicos galerones, la montura de anchos y altos bordes atrás y adelante, sin cabeza, claveteada y bordada con lujo, cubierta con un cuero lanudo ó una gran cobija de lana, y de la cual penden el rejo de enlazar enroscado en 15 ó 20 chipas y los grandes estribos de cobre, de estilo feudal. Su hogar es un *ranchito* construido á la diablo; su iglesia es el inmenso y fulgurante cielo; su sociedad y su mundo están en el ható ó rebaño, la querida (cuando no *las*), el sable, el trabuco, el rejo, el *fandango*, la botella de aguardiente, la pampa, la floresta, el río, el brioso potro y la bandola.—¿Para qué más? Como creyente, nace, vive y muere á su modo, sin cuidarse del cura ni del sacristan. Como ciudadano, obedece con indiferencia, mientras la libertad de la patria no está en peligro; y si le nombran alcalde ó juez, recibe y entrega el archivo de la oficina al peso en balanza, y administra las cosas á la diablo.

El llanero jamás ha servido á la causa de la opresión ni de ninguna dictadura. Cuando la libertad está en peligro, responde con entusiasmo al primer llamamiento, y como cada cual tiene su lanza, su sable, su silla y su caballo, en un día se forma un escuadrón, en tres un regimiento de terribles lanceros; y si es necesario tramontar la cordillera y los caballos faltan ó no pueden maniobrar, el llanero echa pié á tierra y pelea como lancero de infantería. A caballo, con su lanza en ristre, ninguna fuerza le detiene, ningún escrúpulo le pesa sobre la conciencia; lo mismo alcanza soldados enemigos que novillos gordos; lo mismo carga en la llanura que al través de las ciénagas y de los ríos. Todo el mundo sabe de antemano que, al pedirle su concurso militar al llanero, hay que aceptarlo con todas sus consecuencias. ¿Termina la guerra? El llanero no pide sueldos, ni pensiones, ni gratificación ninguna, porque en el combate es un artista de la muerte que ama el arte por el arte, como cualquiera otro. Al tercer día de la victoria, ó cuando se le antoja, dice:—«Me vuelvo á mis llanos»—y nadie le detiene, so pena de verle en rebelión ó muriendo de nostalgia. Jamás ha tenido idea de lo que es el miedo, en términos que hasta su lenguaje lo indica, representando la idea del temor con la expresión.—«Tener asco de alguna cosa.»

El llanero no es otra cosa que el hijo del cruce-

miento entre la raza española y la indígena de las regiones del Orinoco. Moreno, delgado, membrudo, anguloso y cartilaginoso, su mirada tiene al mismo tiempo reflejos salvajes ó feroces y una expresión intermitente de candor y dulzura. Su voz es muy fuerte, como lo exige la necesidad de hacerse oír en abiertas y vastísimas pampas, singularmente gutural y cadenciosa, y silbadora en extremo, formando un silabeo que suena á veces como los rumores del viento entre los árboles. Poeta y galanteador por excelencia, improvisa con admirable facilidad, al son de la bandola, los más originales romances ó redondillas, en el calor de los fandangos; y cuanto tiene es para la mujer ó la querida, á quien trata con largueza y suma ternura mientras es fiel y bonita. En sus romances, llamados *galerones*, figura siempre un cuento heróico, en que la mujer, el novillo, el caballo, la lanza, el sable (machete), el combate común ó singular, etc., escitan la inspiración de la musa y el entusiasmo del auditorio. En esa poesía de las pampas todo es hiperbólico, prodigioso, soberanamente fanfarrón y jactancioso. Ya es un héroe que desbarata solo á un regimiento; ya un endemoniado que agarra los caimanes con la mano, mata tigres á bofetones, arroja un toro de un puntapié, por encima de la cordillera oriental, ó hace otras proezas análogas; ya en fin es un Don Juan del desierto, que conquista y hechiza y se lleva consigo á todas las buenas mozas, burla todas las pesquisas y reparte prodigios con abrir las manos.

Terminaremos este diseño con un rasgo característico. El llanero, naturaleza ruda y espontánea, es susceptible de todas las virtudes y todos los crímenes, según como se le trata, y casi siempre por instinto, sin reflexión ni cálculo. Tratado con dulzura, es humilde como un cordero; pero ultrajado, es un tigre. Su crueldad en la venganza solo es comparable á su fidelidad en la buena amistad y á su consagración desinteresada cuando la gratitud le inspira. El llanero, en una palabra, tiene todo el candor de los pastores, toda la fantástica generosidad del poeta y todas las brutalidades del salvaje. Es al mismo tiempo el reflejo de la civilización rudimentaria y el símbolo de la naturaleza primitiva.

Del llanero al zambo hay la distancia que media entre el pastor y el batelero, entre el descendiente de Europa y el descendiente de Guinea... ¡Estrañó tipo el del boga ó zambo del bajo Magdalena, del Atrato, etc.! La evidente inferioridad de las razas madres (la africana negra y la indígena cobriza) y su degradación más ó menos profunda, auxiliadas por un clima en que todo fermenta, (porque el sol y la tierra se abrazan allí con infinita lubricidad), han producido en el zambo una

raza de animales en cuyas formas y facultades la humanidad tiene repugnancia en encontrar su imagen ó una parte de su gran sér..... El zambo se muestra en toda su fealdad de tres maneras: á bordo del *champan* ó bote, en la playa, bailando el *currulao*, y en su rancho, á la orilla del rio, gozando del *dolcissimo farniente* del salvaje. Retratémosle en pocas líneas, bajo esas tres formas.

A bordo del *champan*, remontando el Magdalena, veis á 20 ó 30 figuras de color de madera de rosa, lustrosas como la grasa, vestidas como nuestro padre Adam, con el aditamento de un trapo abajo de la cintura, llamado *tapa-rabo*, y resumiendo en sus fisonomías estúpidas, impasibles y toscas, y sus cabellos intermediarios entre la mota de lana y la mecha lisa, los rasgos dominantes del negro y el indio, mas ó menos amalgamados ó modificados. Los 20 ó 30 salvajes, al zarpar de un puerto, entonan en voz alta y ronca, formando una algarabía de todos los diablos, una interminable relacion de todas las vírgenes, santas y santos reputados por mas milagrosos en los pueblos del rio, sin perjuicio de los que corresponden á la devocion particular de cada boga. Pero esa advocacion no es puramente religiosa: es una especie de olla podrida de votos y promesas, recuerdos lúbricos, reniegos infernales, insultos á los que se quedan en la playa, recomendaciones para todas las *comáes* (comadres) y las *ñas* (abreviacion de doña ó señora). Aquel *guiriray* es tan ininteligible como grosero y abominable. Así es como la indolencia ó la fria codicia del clero ha dejado alimentar al zambo el sentimiento religioso, confundido con las cosas mas indignas. Si el *champan* se cruza en el rio con otro que desciende, ¡ay del viajero que esté á bordo! Las dos tripulaciones se dicen las mayores atrocidades en el lenguaje mas obsceno que se puede imaginar, sin que por eso dejen de ser excelentes amigos.

El zambo en viaje es un sér singular en punto á honradez y formalidad. Donde se le antoja detenerse, salta á tierra, y dice: «*Branco*, de aquí no *pasamos hoy*.» ¿Os irritais? es inútil. ¿Apelais á la amenaza? segun como la apoyeis, os servirá: si mostrais un sable, estais perdido, porque el zambo, aunque cobarde, maneja admirablemente el *machete*; pero si mostrais un arma de fuego, la cosa es diferente: el zambo tiembla al ver el cañon y la pólvora. Lo mejor es resignarse á darles una de aguardiente de anís, soportarles sus insolencias, y hacerlos seguir por las buenas. En cuanto á probidad, podeis estar seguro con vuestro cofre abierto, vuestras mercancías y demás valores que no son comibles: pero tened por cierto que toda caja, barril ó vasija con provisiones será

abierta y saqueada, sobre todo si contiene licores. La probidad del zambo se detiene donde comienzan las tentaciones de la gula ó de la intemperancia. Cuando salta á tierra, de paso, al pié de algun cortijo, es como si cayera langosta: todo lo que es comible queda sujeto á la ley del filibusterismo.

En la playa, durante las noches de alta, ó en las calles y plazuelas de sus aldeas y arrabales, el zambo y la zamba revelan su salvaje lubricidad en la extraña danza del *currulao*. La orquesta se compone de una flautilla rudimentaria, llamada gaita, y un tamboril, largo, estrecho, y de forma cónica. Al derredor forman una gran rueda los danzantes, cogidas las parejas de la mano, llevando cada zamba dos ó mas velas encendidas, y andando todas al rededor de la orquesta, en un eterno movimiento de trepidacion que combina la marcha lenta con la danza y las contorsiones. Las parejas se abandonan y reemplazan en detalle y caprichosamente: todas cantan en coro tonadas de una melancolía brutal y salvaje, y todas procuran rivalizar, ya que están medio vestidas, en la lubricidad de los gestos, la obscenidad de los movimientos y la extravagancia de las acompasadas contorsiones. ¡Al ver este horrible espectáculo, cree uno que está mirando, en una pesadilla, una zambra de réprobos, dando vueltas en una de las cavernas del infierno, en honor de los siete pecados capitales!

Pero observad esa choza miserable que se destaca en la orilla del rio, sobre una barranca arenosa, á la vera del bosque vírgen y de un pequeño platanar y de un maizal. Debajo de un árbol se ve pendiente una hamaca de red de pita ó de bejucos ó cordones de paja: allí reposa el voluptuoso príncipe de la soledad, soñoliento, indolente, libre y salvaje como el árbol que le da sombra. Cerca del *rancho* se ve secándose al sol sobre una *barbacoa*, el *chinchorro* ó la *atarraya* con que pesca el zambo: á la sombra del mismo rancho penden de las vigas algunos racimos de plátanos verdes y maduros, y al pié de la barranca se balancea entre mimbres y gramíneas la pequeña *piragua*, que sirve al semi-salvaje para pescar y hacer sus cortas escursiones.

¿Os parecerá extraño que un hombre viva en esa indolencia, sin religion, sin relaciones sociales, libre de toda autoridad, contento con su suerte miserable, y sin ninguna aspiracion? El se cree mas dichoso que nadie, porque no tiene los deberes del ciudadano ni las necesidades de la civilizacion. Su platanar eterno, su maizal y su yucal (que son casi un lujo), su hamaca, su red y su canoa, le bastan para vivir. Cuando necesita sal, plomo para su red, un machete, un cuchillo, un azadon ó algun pedazo de coleta ú otro género, llena su *piragua* de plátanos, yucas y pescado

seco, va á venderlos á la mas cercana villa ó parroquia, se provee de lo que necesita y vuelve á su vida de indolente reposo.

Y bien: ¿se debería desesperar del porvenir del zambo? De ningun modo, aunque sea la peor casta del país. Mientras el desierto lo rodee, seguirá vegetando; pero el desarrollo del comercio, de la navegacion, de las vias de comunicacion, de la agricultura, etc., irá llevando la civilizacion, de conquista en conquista, por selvas y valles; y no muy tarde esas castas inferiores, mezcladas al movimiento comun, recibirán instruccion, se educarán progresivamente, hasta elevarse, gracias á la libertad y á la igualdad, por el contacto y la fusion con las demás castas. Su concurso industrial será entonces precioso, por la energía física del mestizo, enervada apenas por falta de estímulo y aplicacion.

Tales son los tipos de nuestras sociedades hispano-americanas, resultantes de cruzamientos. ¿De qué modo se hallan en contacto? ¿Cómo funciona el fenómeno de su yuxtaposicion?

Hé aquí lo que hace interesante el estudio de las zonas etnográficas. En casi toda la Colombia española, y particularmente en la inmensa region intertropical, desde Méjico hasta las fronteras septentrionales de Chile y de la Confederacion Argentina, las razas y castas se encuentran escalonadas como en anfiteatros, desde las riberas marítimas y las pampas interiores hasta las mas altas cimas de los Andes habitables: y es tal la regularidad de esa distribucion topográfica, que donde quiera, cada zona social corresponde exactamente á otra zona relativa de temperatura, y elementos de alimentacion y de trabajo. Así, puede decirse que del mismo modo que las cordilleras son desde sus estribos hasta sus cimas inmensos termómetros naturales, la sociedad forma una estratificacion viviente, cuyas capas ó sedimentos son las numerosas y variadas razas y castas, resultantes de muy complicados cruzamientos, situadas todas en el *medio* que mejor conviene á la sangre, las tradiciones, la industria y la energía de cada una.

De ese modo, todas las producciones y manifestaciones posibles son simultáneas, y aunque cada grupo ocupa su lugar ó su zona, ninguno puede vivir sin el concurso de los demás. Todos se sirven y necesitan recíprocamente, sin que pueda haber antagonismo natural entre ellos, como no lo hay entre las regiones que les sirven de centro. El blanco de origen español, que habita principalmente las ciudades de las alti-planicies, necesita del concurso del medio agricultor ó fabricante de tejidos burdos. Unos y otros necesitan del llanero que los provee de ganados, como el llanero

necesita de los servicios que le ofrecen las artes, la agricultura y el comercio de los criollos y los indios. Hacia el lado opuesto, la reciprocidad es la misma. El hombre de las tierras altas no puede vivir sin pedir sus productos (azúcar, tabaco, maiz, cacao, café, sombreros de paja, oro, etc.), al mestizo y al mulato de las tierras medias y los valles profundos; y tanto unos como otros obtienen el concurso comercial del zambo y del mulato de las costas, sin los cuales,—á pesar de los vapores,—no habria navegacion ni tráfico ninguno. A su vez, los habitantes de las zonas bajas é intermedias se nutren, física y moralmente, con los productos de las alti-planicies y con las obras literarias de las poblaciones mas refinadas, concentradas bajo climas benignos.

¿Cuáles pueden ser y son los resultados de ese contacto y esa coexistencia de zonas etnográficas? Si las instituciones no los contrarian, estos tres: 1.º el desarrollo simultáneo de grupos sociales diferentes, sometidos á la fecunda ley de la emulacion: 2.º la constante fusion de esos mismos grupos, mas ó menos lenta, pero infalible, y en todo caso feliz, porque la observacion prueba que la raza blanca es la mas absorbente, la que predomina por la inteligencia y las facultades morales: 3.º el progreso múltiple de la civilizacion, resultante de la libre accion de todas y cada una de las castas.

Ahora bien; ¿cuál puede ser el sistema político, social y económico que se adapte mejor á esa admirable yuxtaposicion ó coexistencia de razas, castas y variedades? No otro, sin duda, que el de la república democrática, el de la plena libertad individual, la completa igualdad legal y la soberanía popular. Solo ese régimen puede acomodarse á tantas variedades, respetar todas las manifestaciones de progreso, estimular todos los esfuerzos, garantizar todos los derechos, y mantener la union fraternal sin violentar á nadie. El régimen colonial no podrá satisfacer la necesidad de la fusion ó el *mestizaje* de las razas. Por eso sucumbió; por eso fué unánime y simultánea la revolucion de 1810. Las causas y la situacion eran las mismas en toda la Colombia española: los efectos tenian que ser los mismos. De ahí la universalidad de la república en ese continente.

Y un hecho escepcional es la mejor confirmacion de la regla. La república de Chile es la única de organizacion aristocrática que existe en Colombia: es la que ha sufrido menos revoluciones, la que ha tenido mayor progreso material y *académico*, y la que goza de mas simpatías en Europa. ¿Por qué? La explicacion es muy fácil. La poblacion de Chile es casi totalmente blanca, está situada á lo largo de la costa, en su in-

mensa mayoría, y goza, por la latitud de su suelo, de estaciones como las de Europa. Sus analogías son mas europeas que colombianas, lo que hace comprender las simpatías que la favorecen. Allí los cruzamientos han sido mucho menos intensos y complicados que en las zonas intertropicales; la vida es mas regular y acompasada, como lo son las variaciones de temperatura, uniformes para toda la poblacion; las mejoras materiales, la agricultura y el comercio han podido aclimatarse mejor sobre una zona marítima angosta y fácilmente accesible; y las tendencias democráticas han sido menos exigentes, impacientes y enérgicas, porque han tropezado con una gran masa de poblacion de sangre europea pura, naturalmente aristocrática por su origen y su posicion, exenta de esa promiscuidad inevitable que la variedad de sus climas impone á las regiones intertropicales.

¿Podrán estas diferencias autorizar para ser optimista respecto de Chile solamente, y pesimista respecto de las demás repúblicas hispano-colombianas?—No, de ningun modo. Cada grupo social obedece á las leyes de su fisiología y su geografía: cada uno se desarrolla segun su punto de partida, y concurre á la obra de la civilizacion colombiana en la medida de sus aptitudes. Es preciso dar tiempo al tiempo y á la lógica del progreso. Las revoluciones actuales son fenómenos pasajeros de una sociedad en formacion, semejantes á las revoluciones del globo en sus épocas de transicion. ¡No hay razon ninguna para desesperar ni hacer tristes augurios!

JOSÉ M. SAMPER.

LA SEÑORITA CURSI.

¡Mal año para los etimologistas! Echense á revolver raíces y desinencias; barajen cuanto quieran cop-to y sanscrito, griego y hebreo: á ver si sacan en limpio de donde nos viene el vocablo.

Y trabajo les mando tambien á los que presumen de saber definir claras y concretas las cosas.

¿Qué es, en qué consiste el ser cursi? les preguntaremos, y ya nos parece oírles decir: «Consiste en cierto no sé qué....»

¡Basta! Enterados.

En cambio el empírico baja á la calle, echa una ojeada, señala entre cien mujeres una y dice con la infalibilidad del buen sentido: «allá va una cursi;» y cursi es.

No hay quien no la conozca por su exterior.

Divídese y subdivídese y seria innumerable el catálogo de sus familias, géneros y especies; pero la índole determinante es una y se evidencia, de manera que entre las personas de menos que mediana discrecion jamás se califica de señorita cursi á la que no lo merece.

Hay cursis precoces. Hay niñas de quienes se puede vaticinar que serán cursis andando el tiempo.

Ser cursi imprime carácter. Este es un gremio de que no se sale.

La naturaleza y la organizacion social se combinan y ponen de acuerdo para hacer una cursi y la hacen completa.

Cursis hay churriguerescas: todas greñas, todas colores desentonados, con ahuecamientos y rimbombancias que aturden.

Háylas con cierta propension arqueológica; refractarias al progreso; que en tiempo del romanticismo defendieron á última sangre la peineta, las galgas y las mangas de jamon, asi como hoy dia profesan el culto de las ojeras, el rodete bajo y *Atala*.

De ciertas cursis que hoy solo cuentan la tierna edad de catorce años se puede asegurar que dentro de cuatro ó cinco lustros preguntarán los curiosos: ¿por qué no se casó fulanita?

La cursi se casa poco; no acertaríamos á dar la razon de este hecho; mas nos atrevemos á responder de su certeza, plenamente convencidos de que la experiencia no desmentirá nuestro aserto.

Por de pronto convendrán todos mis lectores en que se dice una *señorita* y no una *señora* cursi, y no se ha adoptado este dicho porque la cursi al casarse deje de serlo; pues el matrimonio no entraña eficacia alguna capaz de cambiar radicalmente un sér en otro.

Se es cursi como se es poeta, héroe; puede decirse sin vacilar: *cursi nascitur*.

Hay en toda cursi algo de originalidad, sino en ideas, en aspiraciones y sentimientos.

No es cursi la señorita que carece por completo de imaginacion.

La cursi por excelencia viste siempre con atraso con respecto á la moda dominante, y nótese que no viste nunca con arreglo á una moda que pasó, sino que se engalana con prendas que pertenecen á distintas épocas y entre esas prendas, hay una que nunca ha sido de moda, sino que ha sido ideada y combinada por la que la lleva.

Esa prenda, esa revelacion, ese sello de la personalidad, ninguna cursi lo copia de otra. Cada cual lleva el suyo.

Una cosa muy particular debíamos haber dicho antes y no se nos ha ocurrido hasta ahora. Las cursis no

se conocen entre sí: no tienen noción alguna de que existan como familia.

Nada de extraño tendría que una cursi no supiera de sí misma que lo es; pero lo extraordinario es que teniendo muchas de ellas buen discernimiento y todas en general poco ó mucho de aquella adivinación que distingue al artista, no se encuentre ejemplo de una cursi que conozca que otra lo es.

Los jugadores, los poetas, los ladrones, los músicos: todos los que tienen una manera de ser muy marcada, por cortos de alcances que sean, se conocen en seguida. Las cursis nunca.

La cursi ha nacido de la clase media, y se ha ido extendiendo por las inferiores primero y por las superiores mas adelante, lo cual tiene una explicación naturalísima. La clase media estuvo siempre en contacto con las inferiores y no siempre con las superiores, y la cursi es producto de la confusión de clases.

Mujeres hay que no saben vestir como es debido. Carecen completamente de gracia natural ó no tienen sino la que distingue siempre á las hembras aun entre los irracionales.

La mayor parte de esas mujeres llaman cursi indistintamente á todas las que no se someten por completo á la liturgia de los periódicos del buen tono.

Llaman elegante á la que es un reflejo exacto del figurin, y cursi á la que tienen algo de iniciativa y protesta, sea ó no con acierto, de las exigencias de la modista.

En las poblaciones domingueras se cita como mas elegante á la que lleva mayor número de costosos atavíos, y cursi á la que con su gracia natural sabe ejercer mas prestigio á menos costa.

Para las criadas y doncellas de servicio, cursi, es la amiga íntima ó parienta de sus amos que, siendo reconocidamente menesterosa, no viste á estilo de la clase ínfima, no se deja humillar y tiene gustos delicados.

Para los mozos y dependientes de fondas, cursi es la señorita que gozando de cierto bienestar sabe poner en claro las cuentas y no halla placer en pagar lo que no debe.

Cualesquiera que sean empero, los errores y preocupaciones sobre este punto, la cursi existe, y esto basta para nuestro propósito.

Cursi es la mujer que con los cordones viejos de un uniforme viejo de nacional de artillería rodada se ornamenta el espaldar de un abrigo y con cinismo anti-estético se jacta de ser autora de semejante despropósito.

Cursi es la que cuando son de moda los adornos de martas ó de boa, guarnece sus trajes de gala con pieles de conejos, estén ó no apolilladas.

Cursi es la que despues de pasar tres años sin cambiar de vestido, el dia que estrena uno nuevo ridiculiza á las que aun esperan coyuntura favorable para hacer otro tanto.

Cursis son las familias que dan bailes á estudiantes y empeñan las sábanas para comprar velas.

¿Acabaríamos? Lo dudo.

Hay empero, una cursi auténtica, tan cursi como las anteriores, y sin embargo digna de cierta generosa compasión y aun de respeto.

Fulanita es cursi de solemnidad. ¿Qué hace fulanita?

Vive con su madre en un modesto cuarto tercero. Madruga, borda, lee novelas, manda retocarse sus vestidos, restaura su calzado cuando sólo ha padecido leve detrimento, se hace la pomada, tiene álbum, asiste de cuando en cuando á teatros de segundo orden, y va á ver la parada si se verifica en dia de fiesta.

Se desoja trabajando hasta deshora de la noche, economiza, no murmura, tiene buen juicio y manos hábiles, hay aun en su semblante recuerdos del primer esplendor de su belleza, y sin embargo nadie la conoce por ninguna de esas cualidades.

Sus amigas no ven en ella mas que la cursi.

Amó, fué olvidada; guarda en su corazón el culto de aquel primero y único amor, y todavía al peinarse se deja suelto sobre la frente un mechoncito corto, que riza aparte, porque allá en otro tiempo, cuando él no tenía abdomen ni título de licenciado, solía decirle con apasionada ternura que aquel rizo era el complemento de sus gracias.

Trabaja junto al velador mismo donde él la requabraba, le hacia pinturas seductoras de un próximo porvenir; le ponía cuidadosamente la ceniza del cigarro en una cajita de papel y le estrechaba furtivamente la mano, haciendo un gracioso y añorado mohin, cuando ella le alargaba la izquierda y no la derecha.

Allí recuerda la hora en que le solía oír subiendo la escalera; su modo de llamar; dónde dejaba la capa y la hora en que se iba, despues de una despedida en que se decían veintiocho veces *adios*, como en el duo de *Rigoletto*.

Parte de su corazón vive en lo pasado. Ustedes comprenden perfectamente por qué ¿no es verdad? ¡Reaccionarita..... yo te respeto.

Mengana ha sido condenada á cursi perpétua. Su familia habia poseído algunos bienes de fortuna; pero vino á ménos y tuvo que cercenar gastos y mudar de hábitos. Lo peor es que se veía pobre en medio de muchos parientes ricos, y el temor, bien natural, de ser menospreciada, la indujo á conservar ciertas apa-

riencias. Los padres educaron á Mengana en el mayor respeto y veneracion de aquellos parientes bien acomodados, y la acostumbraron á mencionarles siempre diciendo: «Fulano nuestro pariente.» Ella y los suyos padecian amarguras cada vez que se aproximaba una fiesta en casa de los susodichos. Andaban casi locos preguntándose: ¿si nos convidarán, si no nos convidarán? Eran convidados por fórmula y ellos aceptaban cordialmente, llevando á la fiesta su amor propio como una condecoracion.

Así Mengana se acostumbró á hacer burla de lo que es ridículo á los ojos del rico frívolo: así adoptó sus muletillas todas; y en medio de su estado menesteroso se acomodó á opiniones y hábitos que eran el sarcasmo mas cruel de su suerte.

El lujo que aparentaba alejó de su lado á los mozos que se iban convenciendo de que carecia de dote; los que la habian amado por sus prendas personales, pertenecian todos á la clase que sus parientes calificaban de gentecilla. Pasaron dias y años y cuando Mengana volvió en su acuerdo, ya parientes y conocidos la llamaban cursi trasnochada.

Antes de llegar á tal extremo, cuando tenia que ir á comer ó al teatro con alguno de aquellos parientes, ¡lo que padecia la muchacha! Planchaba ropa blanca la noche antes, con actividad febril; pasaba con frenesí la goma por los guantes menos echados á perder, mientras su madre le recosia una ceja del vestido; peinábala por favor una vecina que la despellejaba despues; abrillantaba con asta de ciervo unos pendientes baladíes *de oro*; punzábale el dedo cien veces con la prisa de remendar de aquí y de allá; amanecíala velando; iba á la fiesta pálida y dolorida, y al cabo de la jornada resaltaba su pobreza y encogimiento, y de oído en oído silbaba el dicho de *cursi, cursi*.

Mengana elogia todos los platos, de buena fé porque le saben mejor que su pitanza diaria, y sus amigas con mejor paladar, dicen: *cursi, cursi*.

Si Mengana hiciera dengues y se quedase corta de elogios, dirian tambien: *cursi, cursi*.

Ella no es mala; pero cree que para ser persona decente ha de tener los mismos gustos é inclinaciones de aquella parentela que la ha constituido cursi.

Un dia se le escapó decir, como era cierto, que le gustaba la remolacha en ensalada, y provocó una risa tan universal y hubo á su alrededor tales aspavientos, que se avergonzó como si hubiese cometido una mala accion.

Por primera vez en su vida sospechó si el amor á la remolacha podria ser una aficion cursi, y de vuelta á su casa tiró la que tenia cocida, juró odiarla para siempre ¡y ha cumplido su juramento!

A fuerza de tiempo y perseverancia Mengana ha logrado someterse á la mas rigurosa disciplina. Cursi hasta la muerte, adivina lo que piensan, hacen y finguen aquellos parientes que son su bello ideal, y hace, piensa y afirma como ellos.

No se viste de invierno ni de verano sino cuando lo hacen ellos; adopta sus colores y tocados, cuádrele ó no; propaga sus preocupaciones y acaba por asimilárselas como sentimientos y juicios.

Esta víctima inocente de la vanidad de sus padres, y de la necedad universal, padece lo que no es decible.

Por temor de ser irrespetuosa; por llevar la obediencia hasta la abnegacion; por no salirse del surco trazado por la rutina; por no dar nada que decir al mundo; se ha violentado, se ha deformado, y cuando su sacrificio ha llegado al heroismo, el mundo le da el diploma de cursi en grado heroico y eminente.

Y ¡no hay remedio! la mujer que cae cursi, no se redime, ni puede ocultar su estado, aunque, como hemos dicho, lo ignora siempre.

Nos hemos detenido en el tipo de Mengana, porque es muy abundante, mas de lo que parece, la cursi por consanguineidad.

Los parientes ricos, Balzac lo ha demostrado: son el infierno de los parientes pobres.

Cuando hablaban de sus parientes Menganita y sus padres nunca dejaban de añadir: nos reciben muy bien, jamas se olvidan de nosotros.

La madre sobre todo, siempre dice: yo no soy mujer de visitas; pero ellos se ofenderian si no fuéramos á verles; siempre me estan diciendo que hago mal en no dejarme ver; y la gente á quien se lo cuenta replica por lo bajo: ¡vaya unas cursis!

La gente grosera, si es pobre, no perdona á los pobres la vanidad; pero menos les perdona aun la educacion.

Para esta clase de personas ser bien educado y no tener dinero, es ser cursi; tener aquel orgullo hijo de la estimacion de si mismo y no tener dinero, es ser cursi: en resúmen, ser pobre y no ser bajo es ser cursi.

En muchas habitaciones pobres donde se trabaja y se llora y se hacen prodigios de economia y fructifican esquisitas virtudes, hay mujeres cuya apellido tal vez no conoce la gente del barrio.

Preguntad quien habita allí y desde el mozo de esquina hasta la esposa del senador os responderán: «La señorita cursi.»

A toda muchacha pobre se la encierra en el siguiente dilema: ó empieza á morir desde ahora olvidada en tu rincon, ó ingéniate para parecerte á las que pueden mas que tú.

Al día siguiente salen á la calle un tocado y un vestido que revelan inexperiencia, escasez, aprovechamiento de desechos: es la víctima, es la primera aurora de una señorita cursi.

ROBERTO ROBERT.

LA CUARTERONA.

El escritor puerto-riqueño Sr. Tapia ha impreso y publicado el drama en tres actos que, ante una concurrencia numerosa, leyó á principios del invierno.—El drama tiene por título «La Quarterona,» y desenvuelve un pensamiento social de trascendencia. Está escrito en prosa, y el estilo en algunos diálogos, es vivo, animado y descriptivo.

Pensamos que es cosa muy difícil juzgar, por simple lectura, de una obra consagrada á la vida de la escena, y no haremos lo contrario de lo que pensamos, juzgando este drama que no hemos presenciado.

Mas de una vez y mas de cien, los maestros en el arte de la interpretacion dramática se han equivocado en sus fallos benignos ó severos, viéndose aplaudidos y aclamados cuando personificaban protagonistas que creyeran, en la lectura, inanimados, oyéndose silbar cuando creían representar personajes interesantes. Mas de una vez y mas de cien, el juicio público rechace el particular; á las obras que éste rechazó, las busca, á las que aceptó, rechaza, y al autor desconocido que el empresario miró desdeñosamente de alto abajo, el público se lo pone sobre el hombro.

Esta diversa apreciacion de un mismo trabajo literario depende de las condiciones intrínsecas del drama. Este, antes que todo, es una accion, y la accion solo es representable por la accion. La fantasia mas perspicaz, la fuerza representativa mas pujante no lograrán jamás ver en las particularidades del estilo lo que ve en un ademan, lo que oye en una entonacion la fantasia mas débil. El teatro, cuando es bueno, es vida, es mundo, es manifestacion humana. Un amigo os refiere lo que ha visto, lo que ha sentido, lo que ha hecho en tal momento y en tales circunstancias: sea cualquiera su poder de elocucion, no logrará haceros ver ni sentir ni hacer lo que os relata: fuisteis vosotros testigos, sois actores de la misma escena, y ¡cuán otra es la emocion, y cuánto mas clara la sensacion, y cuán mas fija la idea! Así el teatro: leéis, y si admirais leyendo, la admiracion que es entonces pasiva por ser contemplativa; no es ni destello de la impetuosidad del sentimiento que os

escitaria si vieran y escucharan los sentidos lo que percibe sutilmente vuestra alma: leéis, y no sentís; la misma obra puede haceros llorar ó reír ó maldecir.

Si estas consideraciones guiaran á los empresarios de teatros, tal vez hubiéramos visto representar, y tendríamos el derecho de juzgar *la Quarterona*. Entre tanto, celebremos la eleccion del asunto que demuestra la posibilidad de un teatro americano con pensamientos, aspiraciones y fines distintos del de Europa, como son distintos la vida, la cultura y la meta de uno y otro continente.

El error en que incurren los dramáticos sud-americanos, el de Heredia en sus perfectas traducciones el del mismo Sr. Tapia en sus anteriores tentativas dramáticas, consiste en olvidar este axioma muy cierto, aunque no formulado todavía: «A nuevo escenario, escenas nuevas.»

H.

EL HOMBRE FELIZ.

Cuento popular.

I.

Los pocos autores que se ocupan en el gobierno de la China están contestes en asegurar, que sus emperadores son malos casi todos, ó todos sin casi. Semejante hecho, que sorprende en el primer momento, se explica muy fácil y muy satisfactoriamente, recordando, que siempre que el hombre es dueño de hacer lo que se le antoja sin mas barrera que su propia conciencia, prescindiendo de esta, suele, antojársele realizar actos censurables. Esto prueba, entre otras muchas cosas, que el hombre, además del de la conciencia, necesita otros frenos. Sea de ello lo que quiera, es lo cierto, si no mienten las historias, que los emperadores de China son detestables y que uno bueno es cosa del otro mundo. Adviértase, que lo que en aquellas tierras se llama un buen emperador no lo querriamos nosotros, á pesar de nuestros defectillos, ni regalado que nos lo dieran. A quié no tendríamos reparo alguno en calificarlo de pésimo. Pero en China, con todo y ser un país inculto y bárbaro, se reflexiona de distinto modo, y al menos malo que los otros le llaman bueno, y cuando llegan á pescar uno que tal calificativo merezca, le quieren, y le consideran, y le miman, y dándole todos los gustos posibles, procuran por todos los medios que están á su alcance, prolongar los días de su vida.

Sucedió, pues, que el emperador que gobernaba la China en la época en que empieza este cuento enfermó de tanta gravedad, que los médicos de cámara, después de muchas observaciones y no pocas consultas, declararon incurable la dolencia y desahuciado al regio enfermo. El tiempo se encargó de demostrar que los médicos no se habían equivocado, pues el emperador cerró el ojo pocos días después, ni más ni menos que uno cualquiera de sus vasallos, con la única diferencia que muchos de estos mueren en una mala cama y rodeados de miserias, al paso que aquel espiró entre cortinajes de seda y rodeado de esplendor. El hecho capital es, que lo mismo los emperadores que los vasallos mueren cuando menos lo esperan. Como que el difunto emperador era de lo más malo que habían conocido los chinos, estos, aunque no lo demostraron ostensiblemente, cosa que les está prohibida, se pusieron más alegres que unas pascuas con su muerte. Dos razones tenían para estarlo: la primera era el mal gobierno del emperador difunto, la segunda las consoladoras y fundadas esperanzas que había hecho concebir el futuro sucesor al trono. Subió finalmente aquel á este, y fueron de ver los públicos regocijos con que se solemnizó tan fausto acontecimiento. No faltaron colgaduras en los balcones por el día; iluminaciones por la noche, y músicas y cantos y bailes y grupos de curiosos, así de noche como de día. Para dar una idea cabal de la alegría que en todos los ánimos reinaba bastará decir, que los ancianos del celeste imperio confesaron, que en todos los años de su vida habían presenciado nada semejante; confesión de sumo valor y de mucho peso, teniendo en cuenta que los viejos de todos los países dan siempre en la extraña manía de no encontrar bueno más que lo que se hacía y acostumbraba en los tiempos de sus mocedades.

Los chinos no vieron defraudadas sus esperanzas; pues el nuevo emperador salió de lo mejorcito que en aquellas lejanas tierras se conoce. El hombre para ser bueno no necesita hacer grandes esfuerzos, y el joven soberano tuvo que hacer menos aun que un particular cualquiera, pues, según dejamos dicho, los chinos, lejos de ser exigentes, se contentan con poco. Con cobrar algunas contribuciones menos de las que cobraban sus antecesores; con no escoger á diferencia de sus abuelos, mandarines descorazonados y con no mandar apalear á tantos y matar menos de los que aquellos solían, andaban los súbditos frotándose las manos de satisfacción y haciéndose lenguas en alabanzas de su emperador. El país prosperaba que era un gusto; todos los ramos de industria se desarrollaban de una manera sorprendente, y como el soberano, á

fuer de bueno y justo, detestaba las guerras que á nada más conducen que á la ruina del Estado, ó al despotismo del jefe supremo, marchaban las cosas tan en popa, que no faltó alguna cabeza caliente que pensara en un imperio universal, cuyo centro fuera Pekin. Por fortuna esta locura, que sale á relucir siempre que un país alcanza un grado de prosperidad más alto de lo acostumbrado, no pasó más allá del estrecho círculo de unos cuantos ilusos; y la nación se vió libre de las consecuencias fatales que siempre llevan en sí semejantes proyectos. A nadie se le antojó meter al nuevo emperador en tales maquinaciones y él se contentó durante toda su vida con serlo simplemente de la China que, á decir verdad, no es un grano de anís. No hubo, es cierto, grandes batallas que ganar, ni soberbios triunfos que celebrar, pero hubo en cambio, mucha paz, mucha tranquilidad; pocas lágrimas derramadas, ninguna sangre vertida, y no se contaron otros huérfanos que aquellos que la muerte natural se encargó de hacer tales. Entre unas y otras de estas cosas, nosotros, salvo mejor parecer, estamos por las últimas; y como nosotros debían pensar los chinos de aquel entonces, pues querían entrañablemente á su emperador; andaban siempre solícitos por complacerle en todo y por evitarle disgustos, con el muy santo objeto de que no experimentara su interesante salud quebrantamiento alguno. Y á fé que bien necesitaba él de estas y toda clase de consideraciones; porque desgraciadamente la enfermedad de que había muerto el anterior monarca, era de las que se transmiten de padres á hijos, con lo cual dicho se está que el joven emperador no tenía una de las constituciones más robustas y que siempre, por el contrario, estaba delicado y enfermizo.

II.

Las enfermedades hereditarias, á pesar de toda la ciencia de los médicos y contra el inmenso número de preceptos higiénicos, suelen siempre hacer lo que les dá la gana, y desgraciadamente para la humanidad, suele darles la gana de no dejar libre de su tributo á uno solo de los miembros de la familia en que aparecen. Esto es lo general sin que nosotros pretendamos decir, que no tenga sus excepciones, que ojalá fueran más numerosas y frecuentes de lo que en realidad lo son. Diremos sí, y lo diremos sin restricción alguna, que la mala estrella de los chinos quiso que su joven y excelente emperador no fuese una de las sobredichas. El padre juntamente con la corona, había legado á su hijo la enfermedad, causa de su muerte. Por algún tiempo aquella había permanecido

latente y hasta cierto punto inactiva, ó dando á lo menos muy débiles y pequeñas muestras de su existencia. Ya estaba próximo el soberano á cumplir aquel número de años, que como barrera á ciertas enfermedades transmisibles señalan algunos prácticos desmentidos no pocas veces por la experiencia, sin que, con gran contentamiento de todos, experimentara otras novedades que las muy ligeras que desde niño sentía. Ya todos los súbditos del celeste imperio preparaban otras fiestas tan lucidas como las que tuvieron lugar para la coronación del monarca; y ya muy orondos y muy huecos los médicos, pensaban declarar á la faz del mundo, por medio de un aforismo, que pasado tal número de años tal enfermedad hereditaria no debía inspirar recelo alguno; cuando á aquella se le antojó despertar de su apatía y hacer del cuerpo del emperador su campo de batalla; es decir, su campo de destrucción. Las incomodidades, hasta entonces ligeras é inofensivas, empezaron á adquirir un prodigioso desarrollo. A la magrura se fueron uniendo sucesivamente la tos, la respiración frecuente y trabajosa, la fiebre, las traspiraciones copiosas y demás síntomas, que adquiriendo cada día mayores medros, dieron finalmente con el emperador en el lecho. Lo que meditaron los médicos, lo que estudiaron, lo que combinaron y probaron solo ellos y Dios lo saben. Pero todo era inútil. La enfermedad hacia progresos sin que nada fuera bastante á contrarestarlos; el regio paciente se iba debilitando de un modo harto notable y los sabios doctores empezaban á dudar de la eficacia de sus recursos. Y cuidado que la China tiene fama de abundar en sustancias medicamentosas, y no medicamentosas como quiera, sino de una actividad y eficacia admirables. Pero, no hay que darle vueltas; cuando la muerte dice: *A este me llevo*, no valen un camino todas las sustancias y todos los médicos del mundo; se lo lleva, y *laus Deo*. Resolviéronse, en fin, los de la China á declararse impotentes para el caso, dando por desahuciado al enfermo; y como entonces, por no haber aun pensado en nacer Boerhaave, no quedaba el recurso de echar mano del célebre sobrescrito: «A Boerhaave en Europa»; pero si, el de usar los pretendidos conocimientos de un curandero que en aquella sazón estaba muy en boga en Pekin, á él acudieron la familia real y los altos dignatarios, dando por un momento crédito á las maravillas que de su ciencia se contaban. Fué llamado este, y con mas vanidad y prosopopeya que todos los médicos habidos y por haber, penetró en la regia estancia, contoneándose que era un gusto y mirando por encima del hombro á los facultativos de cámara, que cariacontecidos y malhumorados en una de las

antecámaras se hallaban. Acercóse al lecho, tosió, tomó el pulso, hizo varias preguntas, frunció el entrecejo y con igual continente, y por donde habia entrado, salióse hasta llegar á una de las salas inmediatas, donde le esperaban los altos dignatarios para saber cual era su opinion y cuales las medidas que habian de tomarse.

—Y bien, señor facultativo,—preguntóle uno de ellos apenas llegó al susodicho lugar el curandero, que oyéndose tratar de señor y facultativo, creció sin exageración un palmo en menos de un segundo.—¿Qué juicio ha formado V. de la enfermedad?

—No procedería yo como filósofo—repuso el interpelado—si no declarase desde luego que S. M. I. se encuentra sumamente grave. Los que hasta ahora le han asistido han dejado tomar pié y desarrollo á la enfermedad.

Semejantes palabras produjeron una dolorosísima impresión en todos los circunstantes. Esto, al menos, se retrató en el rostro de cada uno de ellos; pero ¡vaya usted á saber á punto fijo lo que pasa en el ánimo de los cortesanos chinos cuando está gravemente enfermo un rey ó emperador, que para el caso lo mismo dá emperador que rey!

—Sin embargo—prosiguió el novel facultativo—la ciencia no ha agotado sus recursos y creo no engañarme asegurando que aun resta por probar uno, capaz de devolver su importante salud á nuestro magnánimo emperador.

—¿Cuál es? ¿cuál es?—preguntó con mucha insistencia el que parecia ser el mas digno de todos los dignatarios. Sea cual fuere, lo aplicaremos sin pérdida de tiempo y si en todo el imperio no se encuentra, lo iremos á buscar, si preciso fuere, al fin del mundo.

—Sí, al fin del mundo—dijeron todos en coro.

—No se necesita tanto ni mucho menos, señores, pues el remedio en que, con justos motivos, pongo mis esperanzas todas ha de encontrarse en el territorio de este vasto imperio, siendo esta circunstancia tan indispensable, que, de tener que acudir para hallarle, á otros dominios, perdería aquel toda su virtud y eficacia. Consiste, pues, el tal medicamento... Y al llegar á este punto, se hicieron todos oídos los cortesanos todos para no perder una sola palabra de las que iban á salir de los labios del curandero.

Este prosiguió.

—Consiste, pues, el tal medicamento en buscar un hombre que se considere feliz en este imperio; traerle luego á este regio alcázar y, quitándole la camisa que lleve, ponérsela á nuestro soberano. Es circunstancia tan indispensable la prisa en desvestir al uno y vestir al otro para que no se enfrie la camisa, que,

faltando ella, no respondo de los buenos resultados del tratamiento.

Miráronse unos á otros los cortesanos como sorprendidos de que un hombre, que tales sandeces proponía, hubiese adquirido fama de inteligente; y aun dicen algunos historiadores, que no faltó quien, olvidándose del pesar, soltara la carcajada; ni quien concibiera la idea de despachar á cajas destempladas á tan descarado farsante como por sus medicamentos manifestaba ser el tal médico. Sin embargo, temerosos por una parte, de que el pueblo hiciese una de las suyas sabiendo que no se habían empleado en pró de la salud de su querido emperador todos los medios; y dando, por otra, franco acceso á la esperanza que, para alimentarse, prescinde de la razón y de todo lo que con la fé no pueda estar conforme; resolvieron por mayoría de votos,—que también se conoce en China el sistema de las mayorías—hacer uso del medicamento que tan ridículo y descabellado les pareció en el primer momento. Al efecto, preguntaron al doctor *Camisa*—que así dieron en llamarle desde entonces—como habían de componerse para encontrar en China un hombre que se creyera feliz; á lo cual contestó él, que no veía otro medio que nombrar una comisión que fuera recorriendo el imperio todo; preguntando á todos los súbditos é investigándolo todo, hasta dar con lo que se buscaba, y era de tanta precisión para la tranquilidad y bien del Estado. Tomada en cuenta y admitida por unanimidad la proposición, dióse por terminada la sesión y fuese cada mochuelo á su olivo, ó cada cortesano á su casa ó palacio—que no están acordes los autores, en si es casa ó palacio la de los cortesanos chinos, aunque, visto lo que en otros países sucede, se inclinan más á esto último;— y prometieron todos ellos levantarse con el alba para activar lo de la comisión investigadora, á fin de que no se dilatara la aplicación del heroico remedio.

III.

Nombrada la comisión que por aquello, de que más vale que todo quede en casa, se componía en su totalidad de miembros del *officium palatinum*, ó como se llame en China; se echó por aquellas tierras de Dios en busca de un hombre feliz. Empresa es esta que, á primera vista, parece sumamente fácil, pues no existe villorrio alguno, por insignificante que sea, donde la generalidad del vecindario no envidie la suerte de alguno de los moradores, que, á dar crédito á lo que se dice, es el hombre más feliz del universo. *Fulano es un ricacho; no tiene que trabajar para comer; nada*

le falta; se dá todos los gustos; hé aquí lo que de él se dice constantemente y por ende nadie encuentra obstáculo en llamarle feliz. Pero acérquese uno al fulano en cuestión; hable con él algunos momentos, y si después de haberle oído le juzga feliz, el autor de este cuento consiente de buen grado en que le emplumen. Y esto que decimos con relación á un solo individuo, lo hacemos desde luego extensivo á la humanidad entera. En este mundo, por lo que á la felicidad toca, el que no cojea del un pié, cojea del otro y la generalidad cojea de entrambos, que es lo más sensible. Vista de tapias á fuera, no hay casa que al vecino no le parezca el alcázar de la dicha y del sosiego; pero la procesion suele ir por dentro y no hay casa que no celebre la suya; unas más grande y pomposa que otras, pero todas sin excepción tienen su lado flaco. Todo esto y mucho más sabían los señores de la comisión; pero como que nada hay imposible para Dios, seguían su camino alentados por la idea de que acaso aquel había hecho nacer en China lo que es muy probable que en ningún otro país se encontrara entonces, ni se encuentre en la actualidad.

Caminaban, caminaban los comisionados sin saber á quien dirigirse; porque todos los que encontraban decían muy alto por su aspecto que todo podían ser, menos felices. La noche mientras tanto iba entrando con bastante prisa, como que lo era del mes de Diciembre, y ya desesperaban aquellos de encontrar lo que anhelaban, cuando acordóse uno de ellos de cierto general que por las cercanías del lugar donde estaban vivía; general que después de haber ganado muchas batallas y obtenido grandes honores, en el reinado anterior, se había entregado al sosiego de la vida privada. General retirado y cargado de honores y riquezas, pues feliz debe ser—dijeron los comisionados todos, apenas el de la idea feliz se la hubo comunicado. Consecuencia de este raciocinio fué enderezar los pasos á la casa del honrado y valiente veterano. Halláronle sentado á una mesa deleitándose ante una enorme taza de té, cuyo exquisito olor demostraba ser aquel del más excelente. No se sorprendió al ver gente palaciega en su casa, pues á ello estaba muy acostumbrado; pero quedóse como caído del cielo, cuando el jefe de la comisión le hizo sabedor de que, en virtud de una orden terminante del soberano, debía partir con ellos á Pekin.

—S. M. me honra con demasía—repuso, luego que hubo salido de su estupor;—por ello le vivo y le viviré eternamente agradecido.—Pero decidle en mi nombre que yo no sirvo ya para el caso; que aquel brazo, tan temible y tan temido en otros tiempos, apenas tiene hoy fuerzas para levantarse. Mi espada no tiene ya

quien la blanda y los campos de batalla no son hoy, como en otros tiempos lo fueron, mi elemento.

—Pero, señor general, no se vaya V. E. por los cerros de Ubeda; mire que aquí no se trata de espadas, ni de campos de batalla, ni de nada que se le parezca. El papel que V. E. ha de representar en esta nueva empresa es pacífico hasta dejarlo de sobra sin que por ello deje de redundar en gloria y provecho del que logre desempeñarlo cumplida y dignamente.

—Pues bien; si á mí se me considera capaz de esa empresa y yo juzgo que, en efecto, lo soy; no se dirá que por un fraile se pierde el convento.

—Sepa V. E., pues, que se trata de salvar á nuestro emperador de una muerte segura.

—¿Y cómo?

—Muy fácilmente.

Y á reglón seguido, refirió el comisionado en jefe todo lo que habia pasado, y como por considerarle á él feliz, acudian para que se prestara á lo que, sobre ser obligacion suya, era una obra humanitaria.

Estuvo el general atentamente escuchándole y apenas hubo concluido, lanzando un profundo suspiro, exclamó sorprendido y lleno de la mas perfecta admiracion:

—¡Feliz yo, señores! ¡Feliz yo que me considero, y soy en realidad, el mas desgraciado de los mortales! Si un hombre feliz se necesita, vayan Vds. á cualquiera otra parte sin acordarse nunca de esta casa, donde de todo puede encontrarse menos felicidad.

—Déjese V. E. de jeremiadas y no quiera hacernos comulgar con ruedas de molino; pues harto sabemos nosotros, que las riquezas, y sobre todo las riquezas bien adquiridas; son título mas que suficiente á labrar la felicidad en la tierra.

—¡Las riquezas! buenas están ellas para proporcionar la felicidad. En algo mas que en semejante cosa estriba esta; y bien puede asegurarse, que muchos que tienen fama de muy ricos y que lo son, en efecto, son mas infelices que casi todos los que viven sin mas recursos que los de la caridad.

—¿Y la gloria?

—Poca cosa para hacer la felicidad de nadie. En la juventud nos deslumbra, en la madurez de la vida nos complace, en la vejez no hacemos caso de ella. Y aun cuando nada de esto fuese cierto; ¿creen Vds. que los militares honrados adquirimos riquezas y honores sin que demos algo en cambio? Pues sepan para su gobierno, que yo los tengo adquiridos á fuerza de desazones que han quebrantado mi salud y de heridas que me tienen medio año postrado y el otro medio achacoso. Juzguen ahora Vds. si puedo considerarme feliz. Déjenme, pues, en paz y váyanse, ó quédense

á pasar la noche en esta su casa, si lo desean; que yo con gran dolor de mi alma no sirvo para devolverle la salud á nuestro emperador.

A tales razones nada tuvieron que contestar los comisionados, y como era ya bastante tarde, resolvieron pasar la noche en casa del general, donde la pasaron divinamente durmiendo á pierna suelta, gracias al cansancio del camino y á pesar de lo preocupados que los traian sus investigaciones para dar con un hombre que se considerara feliz.

IV.

Tempranito se levantaron los señores comisionados. El sol se encontraba casi á la mitad de su carrera; hora que representa el medio dia para nosotros las gentes de poco mas ó menos; pero que equivale á la media noche para la generalidad de los cortesanos y que por lo tanto es en la que mas delicias ofrece la cama. Saltaron aquellos de esta; tomaron un ligero almuerzo—equivalente á un suntuoso banquete para nosotros,— que de muy buen grado les hizo servir el general; y despues de despedirse de éste y de darle un millon de gracias y de hacerle otro millon de ofrecimientos, volvieron á las andadas. Echando sus cuentas, pensaron para dar con lo que buscaban, en un sabio, que por entonces metia mucho ruido en China. Llamábanle en aquellos países Koung-Tsee, nombre que nosotros hemos hecho menos inarmónico y mas fácil de pronunciar, convirtiéndolo en Confucio. Este tal, hombre muy apegado á las antiguas costumbres, habia dimitido un empleillo que desempeñaba con aprobacion y contentamiento de todos sus administrados, y retirádose á la vida privada á deplorar la muerte de su madre. Así estaba mandado por las antiguas leyes, y Confucio las respetaba demasiado para faltar á ellas. Deseoso empero, de no desperdiciar el tiempo, dedicábase al estudio, y en los momentos en que pasaba lo que vamos refiriendo, ocupábase con todo el empeño imaginable, en indagar la verdadera nocion de la felicidad. Dióse al espíritu del mal cuando le anunciaron la visita de los comisionados, pues estaba ya á punto de resolver la gran cuestion; pero, como á pesar de ser filósofo, tenia buena educacion—lo que no siempre acontece,— dejó el bufete y se encaminó á la sala de recibo, donde le esperaban aquellos. Saludólos muy cortesmente haciendo tres reverencias que, á ser un poco mas perfectas, le hubiese valido cada una de ellas un chichon en la frente; contestáronle de igual modo los comisionados, y entrando en conversacion, le espusieron lisa y llanamente el objeto de su visita.

Rióse Confucio á mandíbula batiente al oír aquello de la camisa que tan grandes prodigios habia de realizar, y mas aun, al saber que se le tenia por hombre feliz; á él que estaba íntimamente persuadido de que la felicidad es imposible en la tierra. Dados su talento y la razon, que de sobra le asistia, fué la cosa en extremo fácil demostrar á los comisionados lo muy equivocados que estaban llevando semejante opinion. Y como estos le opusieran la dicha, resultante de la contemplacion de la verdad; contemplacion que, segun la voz pública, era el pasto y alimento de su alma, contestóles, que nadie puede en la tierra vanagloriarse de contemplar la verdad; que solo, y á fuerza de mucho estudio, conseguimos entreverla y que, lejos de ser la ciencia fuente de felicidad, lo es, por el contrario, de desgracia; pues, á medida que en ella progresamos, vámonos convenciendo de nuestra ignorancia y de lo muy difícil que es la adquisicion de la verdadera dicha. Todo esto dijo el bueno de Confucio y todo esto demostró con tanta claridad y tal fuerza de razones, que los comisionados no pudieron menos de convenir en que habian procedido de ligeras y sin contar con la huésped. Cabizbajos y mohinos además dejaron, pues, la humilde morada del filósofo, y firmes en su propósito, á pesar de los racionios y argumentos de aquel, acerca de la felicidad en la tierra, anduvieron la parte de dia que aun restaba y todo el siguiente y otros muchos mas, dirigiéndose siempre á aquellos individuos que, por reunir algunas de las condiciones que, segun el vulgo, originan la dicha, juzgaban ellos capaces de ser felices. No quedó rico propietario, ni comerciante afortunado, ni amante querido, ni hombre que tuviera muchas y lindas mujeres á quien no acudiesen; pero siempre tan sin resultado ninguno, que, desesperanzados ya, daban la vuelta á Pekin donde, segun todas las probabilidades, no habia de irles muy bien la fiesta, caso de que llegasen sin lo que todos los habitantes de aquella gran ciudad esperaban como al Espíritu Santo.

V.

Poco debia faltarles para tocar el término de su expedicion, hasta entonces desgraciada; cuando, en medio de un espeso y estenso bosque donde, segun todas las apariencias, no debian encontrarse mas que fieras y aves de rapiña, vino á sorprenderles el sonido de una flauta, que tal parecia, interrumpido á intervalos, para que los labios que le arrancaban sus melodías entonasen unas rondeñas chinescas, que mas que tales, parecian malagueñas.

—Feliz debe ser la persona que toca ese instru-

mento y que entona tan festivas canciones; porque solo uno que rebose felicidad puede dar señales de alegría y satisfaccion en lugar tan agreste, solitario y peligroso como este parece y debe ser indudablemente.

Esta observacion, hecha por uno de los comisionados, pareció muy acertada y lógica á los otros y en consecuencia, determinaron recorrer todo el bosque hasta encontrar el músico feliz. Así lo hicieron, y despues de muchas vueltas y otras tantas revueltas, treparon á unas peñas medio ocultas entre yerbas y matorrales, y de donde, al parecer, venian el sonido y los cantos, y allí, subido en la mas alta de ella, dieron con lo que tanto buscaban y no era otra cosa que un pastor que, mientras pacian las ovejas, se divertia en tañer el caramillo y entonar alegres cantares. Tenia el tal pastor, como generalmente todos los de su oficio, una de las mas repugnantes fisonomías que imaginarse pueden, con la cual y con lo solitario del sitio estaba en perfecta consonancia su traje. La frente, á pesar de que, segun la costumbre, tenia aquel rapada la cabeza, no pasaba de dos dedos; los ojos estaban exageradamente en ángulo agudo; la nariz era de lo mas chato que puede concebirse y la boca nada pequeña. Añádase á esto lo tostado y áspero del cutis, y se tendrá una idea aproximada de la persona que hallaron los señores comisionados. El traje consistia en una especie de chaqueton abotonado perfectamente; de modo, que nada de lo que debajo de él habia podia descubrirse y en unos pantalones, confeccionados estos y aquel de pieles de oveja, dispuestas de tal manera, que la parte exterior del traje quedaba constituida por la superficie lanuda de aquellas. Parecia en el primer instante, mas que hombre, una oveja caminando en dos piés.

¡Cómo quedarían de sorprendidos los actores todos de esta escena; no hay para que decirlo! Estuvieron contemplándose atentamente por un buen espacio, admirados los comisionados de la mala facha y el peor traje de pastor y este de la riqueza y lujo de aquellos, hasta que, poniendo término á la contemplacion y despues de haberle saludado, dijo uno de los primeros al segundo:

—¿Es V. feliz, buen hombre?

Miróle el pastor y ganas tuvo de contestarle un «¿á V. qué le importa?» pero, visto el aspecto de aquellos señores que, en su concepto, debian ser principales y visto, por otra parte, el imperio con que le fué dirigida la pregunta, creyó conveniente usar de cortesía y así respondió:

—Sí, señor, me juzgo feliz y no dudo en creer que lo soy.

Figúrense nuestros lectores el alegría que semejante respuesta produciría en el ánimo de los comisionados. La historia no se ha creído con fuerzas suficientes para describirlo y á nosotros nos sucede dos cuartos de lo mismo; pero sí diremos, porque de positivo lo sabemos, que todos ellos se echaron sobre el pobre hombre, y besándole y abrazándole—de lo cual no se maravillaba poco el pastor,—le indicaron que inmediatamente habia de ponerse en camino con ellos; el objeto de tal viaje; la indispensable necesidad en que estaba de obedecerles y lo mucho que ganaria con seguirles, dejando á un lado—añadieron—que, en caso de resistencia, usaremos de la fuerza sin reparo ni consideracion de clase alguna; pues tales y tan terminantes son las órdenes que traemos.

A tales argumentos no habia contestacion que dar, así es, que tomando los consejos de la prudencia, resolvió seguirles aunque fuera hasta el fin del mundo. Despidióse tiernamente de aquellos sitios; dió un fuerte y cordial abrazo á cada una de sus ovejas y muy cerca de un centenar al perro, único compañero de sus fatigas; y maldiciendo interiormente de su felicidad, echó á caminar juntamente con los comisionados, que no se daban punto de reposo en manifestarle afecto y agradecimiento.

Al siguiente dia llegaron á Pekin, y á fé que llegaron á tiempo, pues ya el pobre emperador estaba mas muerto que vivo, con lo cual y con la tardanza de los comisionados estaba consternada toda la capital. Reanimóse empero, con la noticia de la llegada de aquellos y mas aun, sabiendo que traian lo que tanto se deseaba.

El pastor tenia cada vez mayores motivos para admirarse viéndose blanco de la pública curiosidad y, segun pudo observar, de la envidia de muchos; habiéndole en el real palacio, comiendo como nunca en su vida habia comido y bebiendo mejor aun de lo que comia. Pero mas que todo esto le admiraba, y aunque luchaba por explicárselo, no lo conseguia, el hecho de que le regalasen de todos modos sin acordarse de mudarle de traje, siendo así que, á su parecer, era lo que mas necesitaba, pues el suyo nada tenia que lo hiciera digno de conservacion, ni de tantos miramientos como con él se habian guardado y se guardaban.

Llegada la tarde de aquel mismo dia, que fué la designada para la aplicacion del heróico remedio; condujeron á nuestro hombre á la estancia donde, casi cadáver ya, se encontraba el monarca, rodeado de sus deudos y altos dignatarios. No faltaba, como es de suponer, el doctor *Camisa*; pues, temerosos todos de que por falta de presteza se lo llevara todo la trampa, ha-

bían convenido y resuelto que él mismo fuese el encargado de llevar á cabo la operacion. Dejo á la consideracion de mis lectores el imaginarse la ansiedad que reinaba en el ánimo de los circunstantes y las mil y diversas ideas que por el pensamiento de cada uno de ellos cruzarian. Ello es lo cierto que, transcurridos algunos instantes, levantóse el doctor, y dirigiéndose al pastor, empezó con no poca sorpresa de este á desabotonarle el chaqueton; tarea en que no se detuvo hasta haber llegado al último de los botones. Echó mano luego á las mangas por sus estremidades, y haciéndolas correr á lo largo de los brazos, dió con el chaqueton en tierra. Aquel fué un momento de verdadera é inesplicable sorpresa. El doctor *Camisa* quedóse con los brazos estendidos hácia adelante; los otros médicos se codeaban, sonriendo maliciosamente; los cortesanos parecian otras tantas estatuas; la familia real lloraba á lágrima tendida; el pastor, en el colmo de la estupidez, no podia comprender aquellas extravagancias que con él, sin haber cometido falta alguna, se hacian; y en medio de todo esto y cuando todos estaban en babilonia, hizo señal el emperador de que le incorporaran; incorporáronle del modo que mejor pudieron y supieron; despidióse de todos y cada uno de los presentes; inclinó ligeramente la cabeza; hizo dos ó tres contorsiones y *requiescat in pace*.

El hombre mas feliz del celeste imperio no tenia camisa y por tanto fué imposible la aplicacion del remedio que habia de salvar al emperador.

VI.

Algunos dias despues, sabedor Confusio de todo lo que habia pasado; espresó del siguiente modo su teoria sobre la felicidad: *La felicidad consiste en sabernos contentar con nuestra suerte.*

M. C.

UN PEQUEÑO EDIFICIO Y UN GRANDIOSO PROBLEMA

en la

ESPOSICION UNIVERSAL.

I.

Cuando se entra en el laberinto del parque de la Exposicion, á primera vista se descubren tantas y tan diversas construcciones, cabañas suizas, cenadores bizantinos, iglesias góticas, mezquitas turcas, que es muy difícil fijar la atencion en una casita toda de ladrillo, construida en la seccion francesa, casita de modestísima apariencia, tal vez el edificio mas pobre

y mezquino entre cuantos se han levantado y que sin embargo es un nido donde se empolla una idea que ha de dar muy pronto la vuelta al mundo con esa rapidez propia del movimiento de las ideas, mas veloces que la electricidad y mas brillantes que la luz. Lo he dicho muchas veces y no me cansaré de repetirlo; el oleaje de las ideas modernas que no vemos en su conjunto, lleva una corriente, un impulso: estender á todos los hombres la participacion de la vida como la participacion del derecho. Por esto el trabajo debe ocupar el sitio reservado antes al privilegio. Por esto el trabajador deja de ser como la rueda de una máquina y pasa á ser como el cooperador en la obra divina del Universo. Por esto los frutos del árbol que ha plantado con su mano y segado con el sudor de su frente no deben caer podridos sobre la tierra feudal, sino servir de alimento á él y á su familia que en esta gran colmena de la industria elaboran la miel de la vida. Y para resolver el problema de aumentar los frutos del trabajo y aumentarlos en bien del trabajador, hay en el certámen de la Industria Universal una seccion entera donde se trata de las cajas de ahorros, de las sociedades de seguros, de las asociaciones obreras, de las relaciones entre el capital y el trabajo, del reemplazo de las máquinas á la mano de obra, y de las sociedades cooperativas, de ese nuevo mundo en el cual parece como que se encuentra la solucion al complicado problema social de nuestro tiempo. Los dias de la utopia han pasado. Hoy seguramente no existe en el mundo quien crea necesario para buscar el bien de los mas, atropellar la propiedad de los menos. Hoy todo el mundo sabe que uno de los derechos fundamentales, uno de esos derechos sin los que se imposibilita toda sociedad es el derecho sacratísimo natural, de la propiedad. Hoy no existe tampoco quien crea que la asociacion es omnipotente hasta para trastornar las leyes del mundo físico, que á sus conjuros la tierra va á ceñirse una diadema de auroras boreales, el mar á perder su sabor amargo, el polo á fundir sus nieves en celestes y reposados lagos que retraen las estrellas, y el cielo á florecer con el soplo de una nueva creacion hasta colgar siete lunas con los siete colores del prisma, un iris cosmico en las noches de nuestro planeta. Pero todo el mundo vé que sin tocar los derechos incuestionables de la propiedad, y sin desvariar en las regiones etéreas de la utopia, se pueden aumentar los goces y los rendimientos del trabajo. Gobiernos tan conservadores como el gobierno francés, políticos tan sesudos como el gran ministro de Prusia, países tan prácticos como Inglaterra, presentan en la Exposicion numerosas memorias, numerosos modelos, notas, cuentas, ensayos de socieda-

des cooperativas, cuyo objeto es resolver el problema de dar al trabajador participacion en la propiedad de su trabajo. Estas memorias, estas notas, estas admirables estadísticas, no se ven cuando se entra en la Exposicion y sin embargo componen toda la décima clase. La grande reforma se oculta en volúmenes en fólio que nadie hojea, pero en esos volúmenes en fólio está como en la semilla encerrada en el campo el pan de muchas familias.

II.

La sociedad cooperativa tiene por objeto principal convertir al trabajador en propietario. El medio único que el trabajador tiene de allegar algunos capitales indudablemente es su crédito personal. El único medio de tener crédito personal el trabajador; asociarse á sus compañeros para lograr que todos sean fiadores del crédito de cada uno. Hé aquí con estos sencillos medios resuelto el problema capitalísimo, el problema que encierra en su seno el mundo del porvenir. La rica ciudad de Rochdale, en Inglaterra, ha sido levantada de esta suerte; es una ciudad de trabajadores. Y en ningun país la propiedad está mas segura, porque en ningun país el trabajo es mas libre. Una de las necesidades mas urgentes del trabajador es tener un abrigo contra las inclemencias de la naturaleza, un santuario de sus amores, un refugio de su vida, un templo donde pueda poner ese altar del corazon que se llama la cuna de sus hijos, ó esa religion de la vida que se llama el hogar de sus padres. La casa, la casa; hé aquí la primera necesidad del hombre. El ave del campo busca el follage, y allí, como un arquitecto, construye, y como un escultor cincela el hogar de sus pequeñuelos, que cubre con las plumas de sus alas y encanta con sus gorgeos y sus trinos de amor. El mas débil entre todos los animales, el hombre, necesita tambien un nido. ¡Qué preocupacion tan grave es en la vida el mes de la casa! ¡Qué perturbacion en sus operaciones económicas este gran tributo! Y las ciencias sociales ¿no han de tener algun medio de levantar una casa cómoda, ventilada, económica para el trabajador? Hé aquí uno de los problemas espuestos en el gran certámen del trabajo; un problema de cuya resolucion penden otras muchas soluciones importantes. Pero no olvidemos que en la vida nada se puede constituir fuera de la serie, de esa ley que es un organismo de las ideas tan preciso, tan matemático y tan fuerte como el organismo de los cuerpos. Las mas fáciles de las sociedades cooperativas son las sociedades para el consumo. Prestarse apoyo y crédito unos trabajadores á otros para ad-

quirir los objetos de primera necesidad es casi casi el rudimento de la cooperacion. Lo mas difícil es la sociedad cooperativa para la produccion. Prestarse apoyo, crédito, para emprender una grande industria, es gravísima y á primera vista insuperable dificultad. Cuando la operacion tiene por objeto producir un inmueble de venta difícil, ó de venta costosa como es una casa, los obstáculos á la solucion del problema cooperativo se acrecientan de una manera formidable.

III.

Y sin embargo, el milagro está en la Exposicion Universal, á la vista de todo el mundo; allí se ve la casita del trabajador, elegante, ventilada; con dos pisos, con su ancha cocina, con su sala de recibo y comedor, con su sencilla pero cómoda escalera, con sus gabinetes y alcobas, todo admirablemente pintado y empapelado, que, por once mil reales empleados en procurarse desde el terreno hasta la teja, puede ser en París mismo, en la Capital del mundo, donde el suelo es tan caro, la propiedad eterna de una familia de trabajadores. Cuánto no hemos caminado á pesar de la lentitud con que marcha el mundo social, segun la cuenta de nuestro deseo, desde las habitaciones encerradas en las entrañas de la tierra con un agujero para dejar paso á la columna de humo y al pálido reflejo de la luz, habitaciones donde la familia vive confundida en la miseria con los animales domésticos y de labranza; cuánto no hemos caminado, decia, desde esta habitacion que parece la madriguera del conejo ó la pocilga del cerdo, hasta la habitacion sana, espaciosa, preciosísima de la cual hay un modelo en la Exposicion y que puede por medio de las asociaciones cooperativas y del crédito personal nacido de estas asociaciones, llegar á ser, no ya del arrendamiento sino de la propiedad del trabajador. La arquitectura es una de las bellas artes que nos obligan á la meditacion y al estudio. La arquitectura es respecto al espíritu humano, como la creacion como el universo, al espíritu divino. La arquitectura es el arte en que lo verdadero, lo bello y lo útil se identifican en maravillosa unidad. El problema de acercar el arte á la industria que no ha podido resolver todavía este nuestro siglo industrial por excelencia, lo resolvió hace tiempo la arquitectura. Nada mas útil, nada mas acomodado á las primeras necesidades de la vida, que el hogar, cuyo principal objeto es servirnos para albergue, un fin tan restringido á la esfera material, utilitaria; y sin embargo, sobre esos edificios, el cincel, el buril, el pincel, la inspiracion misma del arquitecto, han levantado un mundo de inspiraciones de belleza, como los que vemos en las espirales de la Alhambra, ó en los intercolumnios del Parthenon. Nues-

tro siglo no es siglo arquitectónico. Si algo agradaba á la vista se ha construido es en arquitectura rural, en casas de campo, donde el espacio es mucho y donde los surtidores que se levantan al cielo, y los árboles que proyectan sus sombras en la tierra y los muros de verdura, y las pintadas flores, ayudan á los efectos arquitectónicos. Cuando yo veo que París ha sido en pocos años casi destruido y reedificado sin que de tantos edificios nuevos, de tantas largas calles, de tantas obras colosales y casi monstruosas, resulte una sola de arquitectura agradable, casi desespero de la suerte de este arte que desde los pagodas hasta las pirámides, y desde las pirámides hasta los Arcos Romanos y desde los Arcos Romanos hasta las agujas góticas ha dejado sobre las ruinas de las edades, como faros construidos en los escollos, la luz del espíritu de los siglos pasados, inextinguible en medio de la suerte universal, perenne y fija al lado de la universal transformacion y del incesante movimiento. Y no tenemos arquitectura porque todo arte necesita una fé, y toda fé necesita una idea. Y nosotros hemos nacido en la penumbra de dos edades, en esos momentos en que lo antiguo no ha anochecido del todo, ni levantándose la aurora del nuevo dia en el Oriente del porvenir. Y tales épocas de la historia, son épocas de trabajo, de lucha, de pelea, donde se encuentran y chocan ejércitos que caminan á tientas, en las sombras sin llegar á distinguir muchas veces el amigo del enemigo. En tales épocas no florece la arquitectura; y puesto que no podemos aspirar á tener ni una Agora ni un Firo, aspiremos á tener casas baratas y cómodas para los pobres trabajadores. La baratura de estas habitaciones consiste, segun el arquitecto que ha dado un brillante informe, 1.º en la suspension de puntos de apoyo en mampostería á largas distancias; en la supresion de paredes maestras; en el empleo de columnas fundidas para todos los puntos de apoyo verticales; en la combinacion del ladrillo y de la madera para los pisos y los techos, de tal suerte que sin grandes dispendios ni el frio ni la humedad puedan penetrar en la vivienda cada dia mas hacedera por los medios infinitos de construccion que proporciona la manera admirable con que hoy trabajamos el hierro.

IV.

Los lectores de América apenas pueden comprender la inmensa importancia que damos aquí á esta cuestion hasta el punto de convertirla en una grande cuestion social. En el norte se levanta una sociedad joven, libre, á la cual sobran recursos para vivir y estenderse en esa admirable progresion que es el espanto y la en-

vidia de las naciones caducas. En el Mediodía parece que la naturaleza entera es la habitacion del hombre. A pesar de los ardores del Trópico, y de las nubes de insectos por esos ardores engendrados en medio de esa naturaleza exuberante, donde alegran la vista el colibrí y el ave del paraíso que parecen durante el día ramilletes de piedras preciosas, y por las noches las luciérnagas volantes que semejan estrellas venidas á bañarse en las húmedas exhalaciones de las selvas vírgenes, en esa naturaleza donde se oye desde la vibración del insecto hasta el grito del papagayo y desde el grito del papagayo hasta el coro inmortal de los sinfontes; el hombre no podía estar privado de recursos en medio de tanta vida, y con los juncos forma una estera, con las plantas parásitas una hamaca, con los trozos de los árboles gigantes una casa. La América es un país demasiado grande; un teatro inmenso preparado por Dios para una epopeya gigantesca, cuyos albores se ven hoy en la libertad civil de sus florecientes ciudades y en la libertad salvaje de sus inmensas pampas. Por eso en Europa, en esta tierra de los recuerdos, donde las ciudades parece que van á ser devoradas por los cementerios y los campos por las ciudades, la cuestion de las habitaciones raya en una cuestion inmensa como es una cuestion inmensa el trabajo, como es una cuestion inmensa la poblacion, problemas que se resuelven fácilmente donde hay tanto espacio para escribir los términos del problema como en América.

V.

La sociedad cooperativa inmobiliaria de París admite hoy dos categorías de asociados; primera los que podrán dar los tres mil francos á que sube el costo de la casa en el momento y á estos los hace á tan poca costa propietarios; segunda los que no podrán tener reunida tal cantidad y á estos les concede la misma facultad de ser propietarios exigiéndoles un tanto de su jornal á la semana en el plazo de treinta años. Los gobiernos pueden ausiliar indirectamente el gran movimiento cooperativo, primero, reduciendo los impuestos para que el trabajador no se vea obligado á dar al Erario la mitad del pan que debe llevarse á la boca; segundo, quitando tantas y tantas trabas fiscales como imposibilitan la baratura de las primeras materias que ha de traer en un porvenir no lejano el cambio universal. Toda semilla es pequeña. En el hueso del dátíl se encierra la palmera que ha de alimentar á muchas familias con sus dulces frutos y ha de ornar el horizonte con su corona de sonoras palmas. En estos ensayos cooperativos se encierra la semilla de extin-

cion de la miseria, de ese problema que todas las ciencias van buscando en sus fórmulas y todas las industrias realizando en sus máquinas.

VI.

Hay en esta misma parte de la Exposicion Universal un gran tapiz que los ingleses han tejido en sus gigantescas máquinas. En el centro del tapiz se ve á Jesus de cuyos lábios sale la divina palabra de Paz á los hombres. A los dos lados están los doce apóstoles que llevan, quien el buril, quien la escuadra, quien el compás, los instrumentos del trabajo. Parece que después de haber conquistado en sus maravillosos viajes, en sus santas peregrinaciones, en sus martirios santísimos, el mundo del espíritu y el cielo de la verdad, se aperciben á conquistar el mundo de la industria, y el cielo del trabajo que tambien necesita apóstoles, redentores y mártires. Esta alegoría me ha enternecido hasta hacerme derramar lágrimas. Judas no está allí, porque Judas quiso ganar dinero sin trabajar y vendió á su maestro y vendió la doctrina, Judas, simbolo fiel del ocio y de la holgazanería que merece el horrible castigo del olvido. ¡Oh! sí, trabajadores, los que aspirais el sofocante humo del vapor, los que os incrustais en las máquinas, los que reblandeceis el hierro y el diamante con el sudor de vuestras frentes, no sois huérfanos, sois los hijos del hijo del carpintero, y continuais la obra sin fin de la redencion del mundo.

Paris 3 de abril de 1867.

FIDELIO.

LA NINFA DE LOS RIZOS.

Era una noche espantosa
De truenos y de centellas,
Noche oscura y borrascosa
En que la luna medrosa
Se escondió con las estrellas.

Los relámpagos brillaban
Y bramaba el aquilon
Y los truenos retumbaban
Y las nubes se rasgaban
En desatado turbion.

Mas ni los truenos espantan,
Ni el centellear dá cuidados;
Los hurras su voz levantan
Y sus quejas de amor cantan
Los trobadores alados.

Que los truenos son bandadas
De clarines y atambores;

Los relámpagos miradas;
Las nubes, manos nevadas;
La lluvia, lluvia de flores.

El firmamento se cierra
Porque lo invaden los celos,
Y es que declaran la guerra
A los astros de los cielos
Las beldades de la tierra.

Por esto canta la fama
Tan sublime panorama,
Por esto el bullicio crece
Y el suelo desaparece
Bajo alfombras de retama.

En un mirador situada
Vi á una ninfa de mi suelo,
De esas de dulce mirada,
De abundoso y negro pelo,
De frente tersa y nevada.

En su mirada serena
Traidores rayos recata;
Su dulzura que envenena
Es la voz de la Sirena
Que arroba, adormece y mata.

Cuando su risa divina
Cual luz mágica ilumina
Su labio rojo y sutil,
Deja entreabierto una mina
De blanco y puro marfil.

Cuando su voz ideal
Roba al viento los sonidos,
Sueña atónito el mortal
Que está hiriendo sus oídos
Un cántico celestial.

Y es que tan dulces acentos
Son intérpretes seguros
De sus nobles pensamientos,
Que brillan sus sentimientos
Entre todos los mas puros.

Es su talle perfilado
El que un Fauno soñaría,
Tan sutil, tan delicado,
Que el céfiro avergonzado
Se esconde en la selva umbría.

Sostiénela un pié tan leve,
Que pensé que ilusion sea;
Muéstralo ufana la aleve,
Porque tiene un pié tan breve
Como el pié de Galatea.

Sus manos alabastrinas
Son trasunto exacto y fiel;
Son sus manos peregrinas
Como las manos divinas

Que pintaba Rafael.

Era tan bella, por fin,
Como la aurora; tan pura
Como el agua que murmura
Serpenteando la verdura
Del matizado jardín.

Mas, ¡ay! nadie, nadie sabe
Si es un ser ó una ilusion,
Que saber tan solo cabe
Al que sepa hallar la llave
De su oculto corazón.

Cuando yo la ví, bañaba
Su rostro una luz divina
Que al éxtasis la elevaba;
Tal vez su mente forjaba
Una ilusion peregrina.

Dos rizos de su cabello
Florón de tantos hechizos
Besaban su ebúrneo cuello.
No he visto un ángel tan bello
Cual la ninfa de los rizos.

Que eran tan bellos y era
Su efecto tal—si su cara
Aun mas hermosa no fuera—
Que al verlos bien se dijera
Que un ángel se los prestara.

Des qué osado la miré
Mi corazón he perdido
Que nunca recobraré;
Con ella está; lo dejé
Entre sus rizos prendido.

Y aquel sér pérfido, hermoso,
Es desde entonces mi dueño,
El ladrón de mi reposo,
Es mi tormento y mi gozo,
Es el sueño de mi sueño.

A la Creacion puso el sello
El Criador, con los hechizos
De ese divino destello.
No existe un ángel tan bello
Cual la ninfa de los rizos.

Junio de 1863.

Z.

CRÓNICA DE LA QUINCENA.

POLÍTICA ESTRANJERA.

¡Luxemburgo!
Hé aquí condensado en una palabra todo el interés de la política general.

Luxemburgo! dígase mas bien pretesto; por que en la cuestion del día, mirada á fondo, son lo de menos la fortaleza y el ducado, cuyo nombre repiten todos los días y en todas sus columnas todos los periódicos europeos, y se consigna así mismo en todas las notas que se cruzan de potencia á potencia.

Lo dijimos ya en nuestra última revista, y es fuerza que lo repitamos hoy para volverlo á decir tambien mañana, cuando dos ó mas se tienen ganas y están *cordialmente* dispuestos á medir sus fuerzas, lo primero que se busca es un pretesto. Pues bien; el estado, si se quiere anómalo, del Luxemburgo ha servido para el caso, es decir sirvió para levantar la gran polvareda que puso turbio á mas no poder el horizonte segun observábamos en nuestra crónica de la anterior quincena.

Entonces, ó sean dos semanas atrás, atento el oído, al menor ruido que llegaba á percibirse todo el mundo se preguntaba ¿háse disparado ya el primer cañonazo?

Hoy ha variado completamente de aspecto la cosa.

Las auras pacíficas han venido á sustituir á los beliciosos vendabales.

Se ha pronunciado la palabra magna «conferencia.»

Que es como si dijésemos, ha aparecido en lontananza el arco Iris, despejando como por encanto la tormenta, disipando las nubes y permitiendo al sol que asome otra vez su placentero rostro y que nos alumbre.

Pero ¿tiénese la seguridad de que va á ser duradero ese período de calma? ¿Sábase si en pos de él se acumulará de nuevo la electricidad hasta el extremo que ni todos los arcos iris, ni todas las conferencias sean en definitiva, bastantes á disiparla?

Este es el quid.

Si de buena fe, y puesta la mano sobre el pecho, los mismos que á conferenciar están llamados, lo propio que aquellos que á conferenciar les envían, hubiesen de contestar en alta voz á las anteriores preguntas, ¿cuán otros de lo que aparentan veríamos que esperan van á ser los resultados que se prometen de la conferencia que debió inaugurar el siete del actual sus tareas en Londres!

Por que—no lo habíamos dicho aun—de una conferencia en efecto se trata en que la Inglaterra, Austria y Rusia, con el concurso, se ha añadido luego, de Italia y Bélgica, *sentarán la manera de arreglar* el conflicto del Luxemburgo,

Es decir que, hoy por hoy, nos encontramos exactamente lo mismo que antes de estallar las guerras de 1853, 1859, 1863 y 1866... conferenciando.

Las conferencias pacíficas vinieron á ser entonces algo como el prólogo de la inmediata guerra; una simple cuestion de fórmulas; y con tal que ahora sucede otro tanto, conforme se teme la generalidad de las gentes avezadas á no dejarse llevar de las apariencias, tendremos nuevamente probado que la diplomacia y los buenos oficios de las potencias *amigas* de nada sirven para los efectos de evitar una lucha cuando con tiempo se ha venido preparando. Esto, además, en el caso, se entiende, de que no escogiten al mismo tiempo los neutrales un medio cualquiera de tomar cartas en el juego, que es lo que pudiera muy bien suceder en el de que se trata, ó se está preparando en la actualidad.

Y al espresarnos así, al consignar nuestra opinion, por desgracia reñida con nuestros deseos, referentemente á que en último resultado y despues de darle cuantas vueltas se quiera al asunto, al fin y al cabo se inclinará la balanza al lado de la guerra, de nuevo protestamos, como hemos anteriormente protestado, del cargo de pesimistas con que habrá tal vez quien nos tilde: acháquese al curso de los acontecimientos, no á pasion ni á carácter nuestro. Hace meses, desde que se presentaron *Las Antillas* en el palenque periodístico, que con nuestra natural franqueza empezamos á formular fatídicos augurios sobre el estado general de cosas en Europa: los sucesos se han venido desde entonces empujando con alarmante tenacidad, y culpa nuestra no es de

consiguiente, si uno y otro y otro día nos vemos precisados á volver sobre tan poco apetitoso tema. Ojalá que una de aquellas eventualidades imposibles de preveer y que de tarde en tarde dan al traste con los cálculos mejor fundados, probara que no servimos para profetas. ¿Cuál no sería nuestra satisfaccion al poder confesar mañana que nos habíamos engañado? Bajo este punto de vista y si torpeza implica el alimentar durante mucho tiempo un juicio que resulte luego erroneo, confesarémos lisa y llanamente que el legítimo derecho á ser tenidos por archi-tontos sería el colmo de nuestros deseos.

Pero desgraciadamente, ó mucho nos engañamos, ó quiméricas resultarán en definitiva nuestras aspiraciones.

La esperiencia ha demostrado constante y repetidamente, segun llevamos dicho, y la historia contemporánea nos lo prueba tambien, que es lo que puede esperarse del moderno sistema ese de conferencias.

Todo induce á creer que de lo que se trata es simplemente de ganar tiempo, séase porque hay necesidad de cubrir ciertas apariencias, séase, porque las partes casi beligerantes estén acabando de completar sus aprestos militares; que no es el asunto juego de niños,

Por otra parte ¿quién sabe si en el ínterin se trata de dejar averiguado hasta que punto se mantendrán en la neutralidad ó de parte de quien estarán las demás potencias, que de momento se llaman interventoras para los efectos de un arreglo satisfactorio?

¿Se tiene completa seguridad de que la Rusia no ha de intentar aprovechar cualquier ocasion para emprender un paseito hácia el mediodía, y de que tal pudiera pintar la cosa que tomase por compañera de viaje á la Prusia? ¿Y el Austria y la Inglaterra estarán quietas? En cuanto á que así en Prusia como Francia se activan en todas partes y en todos sentidos los armamentos y que la acumulacion de materiales de guerra absorbe muy especialmente á las *gentes de paz*, basta á justificarlo el empeño que respectivamente ponen unos y otros en negar lo que se pasa dentro de casa y en hablar de lo que se practica fuera.

Entrar en detalles sobre este particular, sería punto poco menos que imposible; pues la mayor parte de los periódicos nos habian diariamente de si se concentran fuerzas aquí; de si allá se refuerzan tales y cuales puntos; de si las tropas tienen tantas horas de ejercicio etc., etc.

Otro signo tambien de que la Prusia *apenas* se cuida de la gran novedad, la tenemos en otro tratado de alianza ofensiva y defensiva que acaba de ajustar con el gran ducado de Hesse, cuyo testo publica la *Gaceta de Ausburgo* y dice así:

«Artículo 1.º Independientemente del lazo federal que une á S. M. el rey de Prusia y S. A. R. el gran duque de Hesse en lo que se relaciona con la parte del gran ducado del Hesse perteneciente á la confederacion del Norte, se concluye por la presente entre S. M. el rey de Prusia y S. A. R. el gran duque de Hesse un tratado de alianza ofensiva y defensiva. En virtud de este tratado las dos altas partes contratantes se garantizan recíprocamente la integridad del territorio de sus respectivos países obligándose además á poner en caso de una guerra todas sus fuerzas militares á su disposicion recíproca.

«Art. 2.º En lo que concierne al mando superior de S. M. el rey de Prusia de las tropas hessemes, deberá conformarse con las disposiciones del proyecto de constitucion de la confederacion del Norte y del convenio militar concluido el 7 del corriente mes.

«Art. 3.º La ratificacion del presente tratado tendrá lugar al propio tiempo que la del convenio militar de que se hace mencion en el artículo 2.º

«En fé de lo cual los plenipotenciarios de las dos partes contratantes han firmado el presente tratado dado en doble ejemplar y selládole con el sello de sus armas.»

En nuestra anterior revista hicimos notar el completo silencio de la prensa oficial francesa respecto del asunto del Luxemburgo, y cuan parco de esplicaciones al mismo tiempo

se mostrara el gobierno del emperador, sistema de que apenas se ha apartado limitándose en la sesion del cuerpo legislativo del dia 3 de los corrientes á anunciar la próxima reunion de la conferencia de Londres, por medio de una leida por el ministro de negocios extranjeros, cuyo testo es el siguiente :

«Señores :

»Por anteriores comunicaciones, el gobierno del emperador tuvo el honor de poner en vuestro conocimiento que las cuestiones relativas al gran ducado del Luxemburgo serian sometidas al exámen de las grandes potencias.

»Con efecto, á partir de esta época, se han entablado activamente negociaciones entre los diferentes gabinetes, negociaciones que han dado ya de sí un primer resultado. Al dar conocimiento de él al cuerpo legislativo el gobierno cree dar satisfaccion á un justo sentimiento de solicitud de sus miembros.

»El Austria, la Prusia, la Gran Bretaña, la Francia y la Rusia se han puesto de acuerdo con el rey de los Países Bajos, gran duque del Luxemburgo, para abrir una Conferencia en la que serán allanadas todas las dificultades relativas al gran ducado y en la que además la situacion internacional de este territorio será arreglada sobre la base de su neutralizacion.

»A propuesta de S. M. el rey de Holanda, en su calidad de soberano territorial se ha resuelto que la Conferencia se reuna el 7 del presente mes en Lóndres.

»Los sentimientos de que se hallan animados todos los gobiernos y las apreciaciones respectivas cambiadas entre los mismos antes de la fijacion de la Conferencia, nos permiten asegurar que estas deliberaciones darán por resultado una solucion, conforme con los intereses y la dignidad de las potencias que deben terciar en la cuestion. Además, esta transaccion dará nueva fuerza y solidez á la paz europea (Muy bien! muy bien!)

Fiel á la línea de conducta que el mismo se ha trazado, el gobierno del emperador se apresurará cuando crea llegado el momento á poner en conocimiento del cuerpo legislativo el resultado de la conferencia reunida en Lóndres. (Muy bien! muy bien!)

Menos expansivo el rey de Prusia, ni siquiera aprovechó la ocasion de la apertura de las cámaras el 29 del pasado abril para *luxemburguear* un poquito. Léjos de ello parece que puso un particular cuidado en este documento en dejar de lado el asunto ese que quema, al paso que se complace en estenderse tocante á la confederacion federal y á los resultados que de ella se promete.

Juzguen por sí mismos nuestros lectores; dice así el discurso del rey Guillermo:

«Ilustres nobles y honorables señores de ambas cámaras del Parlamento.

Las deliberaciones del Reichstag, á cuyo seno el pueblo prusiano ha enviado sus representantes en virtud de la ley sancionada por vosotros, ha producido una Constitucion para la confederacion de Alemania del Norte, por la cual el desarrollo unitario de la nacion parece estar definitivamente asegurado. Os he reunido alrededor de mi trono para someter esta Constitucion á vuestras deliberaciones. La obra de la union nacional, que el gobierno ha empezado con vuestra cooperacion, debe concluirse con vuestro asentimiento. Sobre esta base la proteccion del territorio federal, la cultura del derecho comun, y la prosperidad del pueblo, quedarán garantidas en adelante por la union comun de todas las poblaciones del Norte de Alemania y de sus gobiernos.

Por la inauguracion de la Constitucion federal, las atribuciones de los representantes de los Estados particulares sufrirán restricciones inevitables en todos aquellos puntos que en adelante queden sometidos á un desarrollo comun; pero el pueblo no tendrá que renunciar á ninguno de los derechos que gozaba hasta aquí, pero transferirá su salvaguardia á representantes de una comunidad mas estensa, y la aprobacion de estos representantes libremente elegidos por

el pueblo, será igualmente necesaria en la confederacion del Norte á toda nueva ley.

En la Constitucion federal se ha cuidado bajo todos conceptos de que los derechos á cuyo ejercicio deben renunciar los representantes dentro de cada una de las naciones confederadas, sean trasferidos con la misma estension á la representacion general del Reichstag.

La consolidacion asegurada de la independencianacional, el poderío y la prosperidad deben marchar á la par que el desarrollo del derecho aleman y de las instituciones constitucionales.

Mi gobierno confia en que, apreciando el Parlamento en su justo valor la necesidad nacional mas urgente, procurará voluntariamente la pronta solucion de nuestra obra actual.

Señores, la confederacion nuevamente establecida comprende solo los Estados de Alemania del Norte, pero una comunidad íntima y nacional los unirá siempre á los Estados del sur de Alemania. Las sólidas relaciones que mi gobierno estableció ya en el otoño último por medio de una alianza ofensiva-defensiva con dichos Estados, se ampliarán por medio de tratados especiales con la Alemania del Norte.

El vivo sentimiento que los gobiernos y los pueblos de Alemania del Sur tienen de los peligros de la subdivision de Alemania, y la necesidad de una firme union nacional, que en toda Alemania se desea, decididamente apresurarán la solucion de este problema. Las fuerzas unidas de la nacion serán llamadas y apropiadas á garantizar á Alemania los beneficios de la paz y la proteccion eficaz de sus derechos y de sus intereses.

En esta conviccion mi gobierno procurará prevenir cuanto pueda turbar la paz de Europa por todos los medios compatibles con el honor y los intereses de la patria. El pueblo aleman fuerte por su union, podrá mirar con confianza las eventualidades que el porvenir nos reserve, si vosotros, señores, quereis ayudarme con el patriotismo de que siempre se ha dado prueba en Prusia en los momentos graves, á concluir la grande obra de la union nacional.»

Y basta de Luxemburgo.

A la hora en que cerramos esta crónica, no se tiene todavía noticia alguna de la apertura de la conferencia de Londres que debió instalarse el siete.

Veremos por que lado se descuelgan los encargados de deshacer el nudo.... ó de apretarlo.

Al ministerio inglés le dejamos quince dias atrás disfrutando del triunfo obtenido en una votacion sostenida con empeño por la oposicion liberal capitaneada por Glandstone: y de entouces acá ha variado la cosa de especie. Otra votacion posterior sobre un incidente de la reforma, ha tenido un resultado completamente opuesto, pero el gabinete Derby-Disraeli, no se ha dado al parecer por ofendido. Trata de esquivar el compromiso con sofismas que, si no convencen, conservan la poltrona.

Otro conflicto se temia tambien como consecuencia de un gran meeting reformista en Hyde-Park, que no ha bastado á prohibir toda la energía del ministerio que ha debido ceder á la energía mayor del pueblo escudado con su derecho.

No tenemos todavía detalles acerca de esta importante reunion. Solamente nos ha anunciado un telégrama haberse verificado tranquilamente, el dia seis, cuando todo hacia creer que se atravesarian serios disgustos, teniendo en cuenta las extraordinarias medidas adoptadas por el gobierno y las terminantes órdenes dadas á sus agentes para obrar en consecuencia.

La cuestion de Candía continúa ganada por la Puerta segun las noticias de origen turco, y cada dia mas triunfante segun la version contraria, que, entre paréntesis suele resultar luego confirmada. Y que no terminará así como así la lucha, créese por muchos lo mas probable, fundándose en que, manteniendo calientes las cenizas en aquel punto, bastaria en ocasion oportuna un soplo para avivar la llama y hacerla crecer y dirigirla para comunicar el fuego hasta donde necesario fuese.

SANTIAGO DE LAMAR Y MUN.

REVISTA DEL MERCADO.

Sin que podamos consignar movimiento pronunciado en nuestro mercado, las transacciones de la presente quincena han sido un poco más activas que las que señalábamos en nuestro último número.

Esta pequeña animación no puede sin embargo tomarse como un síntoma favorable, puesto que son necesarios muchos esfuerzos para hacer desaparecer la calma que tanto tiempo pesa sobre todos los ramos del comercio. El consumo disminuye en todos los artículos, la industria paralizada por la falta de pedidos que por la desconfianza reduce sus productos, y las clases jornaleras sufren sobre todas las rigores de una paralización cuyas causas son poco conocidas.

Continuamos dando los precios de los principales artículos de exportación e importación.

Exportación.

Aceite.—Continúan sostenidos los precios con bastante animación en los embarques. Cotizamos de 28 á 30 reales la botijuela de media arroba puesta á bordo.

Aguardiente.—También se nota bastante firmeza en este espíritu dimanada más bien de la falta de existencias que de la actividad de las compras, á los precios de 61 $\frac{1}{2}$ á 62 \$ la pipa de 35° á bordo.

Arroz.—La extracción de ese grano ha sido bastante y las existencias son también regulares. En cuanto á precios rigen los mismos que consignábamos en nuestro último número.

Almendra.—La escasez de este fruto habiendo aumentado las pretensiones de los tenedores, las operaciones que se cruzan se limitan á lo estricto necesario por las clases superiores. Las clases bajas sin variación de 13 á 14 \$ quintal.

Azafran.—Sin operaciones de 7 á 7 $\frac{1}{4}$, la libra.

Harinas.—Flojas y sin animación de 9 $\frac{1}{4}$, á 9 $\frac{3}{4}$ barril de 200 libras franco á bordo.

Vinos.—Van pronunciándose en baja aunque paulatinamente: sin embargo, creemos que si continuamos sin tener lluvias es fácil que se sostengan por cuanto la cosecha correría peligro de malograrse. Las marcas menos acreditadas son ofrecidas pero las más conocidas, aunque han hecho alguna concesión, sin embargo se resienten de ello.

Hoy cotizamos buenas marcas de 22 á 23 \$ pipa para las Antillas, las menos conocidas de 20 á 22. Para el Río de la Plata de 23 á 25 y para el Brasil de 34 á 36.

Importación.

Aguardiente de Caña.—Se han enagenado dos picos á 44 \$ pipa en depósito. Las son nulas. Los tenedores de algunos picos en depósito pretenden 45 \$.

Algodones.—Las continuas oscilaciones y la baja que ha experimentado este lanage en Liverpool han producido una desfavorable impresión en nuestro mercado cuyas operaciones se han reducido á lo más estrictamente necesario.

Cotizamos: Brasil de 27 $\frac{1}{2}$, á 28 \$ quintal. Norte América de 26 á 26 $\frac{1}{2}$. Levante de 18 á 23, e Indias de 19 á 24 según clases.

Azúcares.—Faltan existencias y los arribos tampoco son numerosos, pero como no hay deseos de multiplicar las operaciones por ser el consumo muy exíguo, no podemos señalar movimientos importantes. Se han colocado algunas partidas á precios de factura concediendo poco ó ningún flete en los llegados últimamente, por lo que es de temer que algunos cargamentos que se esperan pasen al extranjero en busca de mejor mercado.

Cacaos.—Sin operaciones y crecidas existencias de la clase Guayaquil. Se ha colocado algún pico de 3 $\frac{1}{2}$ á 3 $\frac{3}{4}$ reales libra por clase superior y á 3 $\frac{1}{4}$ clases inferiores.

Café.—Poca demanda habiéndose realizado 3 partidas Cuba de 14 $\frac{1}{2}$ á 14 $\frac{3}{4}$ \$ quintal en depósito.

Cueros.—Desanimados á pesar de no contar con arribos. Los precios no han variado desde la última revista, habiéndose almacenado alguna de las partidas que habían llegado.

Creemos que siendo como es insignificante el consumo, declinarían los precios si tuviéramos arribos.

Barcelona 8 de Mayo de 1867.

T. C. S.

En la Gaceta del 25 de abril se lee la siguiente Real orden:

La REINA (Q. D. G.) se ha servido disponer que el párrafo sexto de los contenidos en la regla primera de la Real orden de 1.º de julio de 1855, citada y mandada observar en el artículo 4.º del Real decreto fecha de ayer por el que se fija el nuevo Arancel de importación que ha de regir en esa isla, y cuyas disposiciones deben ser exactamente cumplidas por los capitanes y sobrecargos de los buques extranjeros que hagan en ella su comercio de importación, se varíe y quede redactado en esta forma: «La clase genérica de las mercaderías ó del contenido de los bultos, y su peso bruto.»

De Real orden lo digo á V. E. para su conocimiento y efectos correspondientes. Dios guarde á V. E. muchos años.

Madrid 13 de marzo de 1867.—Castro.—Sr. Gobernador superior civil de la isla de Cuba.

En la Gaceta del 30 de abril se lee la siguiente Real orden.

En vista de la consulta elevada á este Ministerio por el suprimido Tribunal de Cuentas de esa isla acerca de la interpretación que debe darse al art. 7.º de la Instrucción de Aduanas de la misma, que dispone que en las 48 horas siguientes á la entrada de un buque en el puerto, presenten los dueños ó consignatarios parciales del cargamento tantas notas ú hojas de las mercaderías, cuantos fuesen los destinos que quieran darles, expresando en ellas el nombre del buque, su capitán y nación á que pertenezca, el punto de su procedencia, el número de los bultos con sus marcas y numeración, y sus contenidos, excepto los destinados á examen, su clase, calidad y cantidad de las mercaderías, su peso y cuento ó medida castellana; la REINA (Q. D. G.), de conformidad con lo consultado por la Sección de Ultramar del Consejo de Estado, ha tenido á bien resolver lo siguiente:

1.º Las declaraciones que hagan los dueños ó consignatarios con sujeción á la clasificación de las partidas del Arancel, no les eximirán de expresar el contenido de los bul-

tos, su clase, calidad y cantidad de las mercaderías, su peso, cuento ó medida métrica por guarismos y letra.

2.º Los dueños ó consignatarios que no hagan las declaraciones con esta expresion incurrirán en la multa de 2 por ciento sobre el valor de los efectos, al tenor de lo prescrito en el art. 116 de la Instruccion referida.

De Real órden lo digo á V. E. para su conocimiento y efectos correspondientes. Dios guarde á V. E. muchos años. Madrid 25 de abril de 1867.—Castro.—Sr. Gobernador superior civil de la isla de Cuba.

Ha visto la luz pública en Madrid la cuarta entrega ó cuaderno del **REPERTORIO DE LA JURISPRUDENCIA CIVIL ESPAÑOLA**, importante obra de D. José María Pantoja, de que dimos ya cuenta á nuestros lectores en el número anterior de esta Revista.

Segun se advierte, en ella, la obra quedará terminada á principios de junio y constará de siete entregas.

Por el correo de las Antillas correspondiente á la primera quincena de Abril recibimos noticias de Cuba. La situacion económica de la isla continuaba siendo poco satisfactoria, y á la verdad no otra cosa podia esperarse dado el estado económico general en casi todo el universo. Las complicaciones internacionales que se multiplican de dia en dia y otras causas que están en la conciencia de todos no pueden menos de influir en el comercio de nuestra Grande Antilla, que en relacion tan directa se halla con todas las naciones principales así europeas como americanas. A estas causas generales de postracion vienen á añadirse las especiales é interiores de la isla. Por esto, esceptuando aquel movimiento natural de importacion y exportacion, los negocios estaban paralizados, pues faltaba la confianza que es la primera condicion de las operaciones de crédito.

Nadie pensaba en comprar ni en vender fincas, esperando el mes de Julio, en cuya época ha de quedar suprimido el derecho de alcábala, y esto privaba tambien á la Hacienda de algunos ingresos de consideracion.

Parece que el nuevo sistema tributario va hallando cada dia nuevas dificultades para ser resueltamente planteado.

Dice un periódico de la córte, al dar cuenta de la última sesion de la Junta de Informacion de las Antillas:

«Tenemos motivos para creer que las reformas seguirán su curso, planteándose á medida que el terreno esté al efecto suficientemente preparado, siendo probable que en porvenir no remoto nuestras provincias del Nuevo Mundo tengan en Madrid una representacion directa por medio de un Consejo colonial electivo.»

¿Cuáles pueden ser aquellos motivos por lo que se refiere á la última parte del suelto transcrito? Lo ignoramos completamente, por esto ni afirmaremos ni negaremos el aserto de nuestro cólega, contentándonos con decir que nos parece aventurado.

LA PEREGRINACION

DE

CHILDE-HAROLD.

POR LORD BYRON.

(Continuacion.)

XLIV. Aquí la cruz, pues se encuentra aquí todavía, aunque expuesta á los ultrajes de los circuncidados, la cruz ha perdido ese orgullo tan caro á un clérigo opulento: el pastor y las ovejas se confunden en idéntica humildad. Impura supersticion, bajo cualquier apariencia que te ofrezcas, ídolo, santo, vírgen, profeta, media luna ó cruz, sea cual fuere el símbolo que adoptes, beneficio para el sacerdocio, pérdida para la humanidad, ¿quién podrá separar de tu inmundicia el oro puro de la verdadera piedad?

XLV. Hé aquí el golfo de Ambracia donde en otros tiempos un mundo fué perdido por una mujer, sér encantador é inofensivo. Aquí, en esta bahía fué donde los generales romanos y los monarcas del Asia aprestaron sus armadas para un triunfo dudoso y una carnicería cierta. Allá á lo lejos se levantan los trofeos del segundo de los Césares, hoy marchitos como las manos que los erigieron. ¡Anarquistas coronados, vosotros multiplicais los males de la humanidad! No, ciertamente; Dios no ha hecho el globo para que fuese conquistado ó perdido por tales tiranos.

XLVI. Desde las sombrías barreras de esta comarca salvaje hasta el centro mismo de los valles de la Iliria, Harold franqueó mas de un escarpado monte, atravesó mas de un país apenas mencionado en la historia; y, sin embargo, la tan renombrada Atica presenta pocos valles tan deliciosos, donde se encuentran todos los encantos de que se enorgullece la bella Tempe; el mismo Parnaso, la montaña clásica y santa, no puede rivalizar con algunos de los sitios que ocultan estas sombrías costas.

XLVII. Cruzó las heladas cumbres del Pindo, el lago de Aquerusa, y dejando los muros de la primera ciudad del país (1), llevó mas lejos su viaje para ir á saludar al jefe de la Albania, cuyas órdenes son leyes absolutas. Su sangrienta mano gobierna una nacion osada y turbulenta: y no obstante aquí y allá algunos intrépidos montañeses desprecian su poder, y desde lo alto de sus rocas le lanzan el grito de desafío: independencia indomable que al fin no cede mas que al poder del oro.

XLVIII. ¡Oh monástica Zitza situada en la umbría colina; cuánto favorecieron los cielos ese pequeño rincon de tierra! A do quiera que se dirija la mirada, hácia arriba, hácia abajo, al rededor, qué colores de arco iris y qué mágicos encantos! Rocas, riberas, bosques, montañas, todo se halla reunido en este cuadro, sobre el que un cielo del mas hermoso azul difunde la armonía. Mas abajo, á alguna distancia, la voz mugiente de una catarata revela el lugar en que esta se precipita por entre suspendidas rocas cuya vista place y espanta á la vez.

XLIX. En medio de los espesos bosques que coronan esta colina, colina que parecería imponente sin las montañas vecinas, cuya cadena se va elevando siempre gradualmente, véñese brillar las blancas tapias del monasterio. Allí habita el monje de San Basilio, humilde sacerdote que nada tiene de áspero y cuya mesa es hospitalaria. El viajero es allí bien venido y se llevará de esos lugares un recuerdo duradero, si no es completamente insensible á los encantos de la naturaleza.

L. Cuando en los ardores del verano reposa sobre el cé-

(1) Janina capital de los Estados de Ali, Pachá de Albania, que residia entonces en Tebelen, donde habia nacido.

ped, porque el césped es fresco bajo esos árboles seculares, los mas dulces céfiros agitarán sobre su seno el abanico de sus alas, y aspirará la brisa misma del cielo. La llanura está muy léjos bajo de él; ¡oh! guste aquí mientras pueda de una pura voluptuosidad: no penetran aquí los abrasadores rayos del sol que llevan consigo la enfermedad. Que aquí el peregrino indolente extiende libremente sus miembros perezosos y deja correr sin fatiga la mañana, el mediodía y la tarde.

LI. De izquierda á derecha se estienden los montes volcánicos de la Quimera, anfiteatro natural, sombrío y grandioso que parece ensancharse á la vista; al otro lado se estiende un valle viviente, por decirlo así, donde se solazan los rebaños, ondulan los follages, corren los arroyos y el pino de las montañas balancea su penacho en los aires. Hé aquí el sombrío Aqueronte, un tiempo consagrado á la muerte. ¡Oh Pluton! si es este el infierno que desde aquí apercibo, cierra las puertas de tu vencido Eliseo: mi sombra no te reclamará la entrada.

LII. Ni torres, ni murallas vienen á destruir el efecto de este paisaje encantador: Janina, aunque poco apartada, está oculta por una cortina de colinas; aquí los hombres son poco numerosos, las aldeas mezquinas, las chozas aisladas son también raras; pero el cabrito paca suspendido sobre cada precipio, y el pequeño pastor, cubierto con la blanca manta albanesa, observando con aire pensativo su rebaño disperso, apoya su cuerpo rociado á lo largo de una roca, ó espera á la entrada de una gruta el fin de un huracan pasajero.

LIII. ¡Oh Dodona! ¿dónde están tus cadenas seculares, tu manantial profético y tus divinos oráculos? ¿Qué valle repite todavía las contestaciones del jefe de los dioses? ¿Dónde están los vestigios del templo de Júpiter Tonante? Todo, todo está olvidado... Y el hombre murmuraria de ver romper los lazos que le ligan á una vida pasajera! Insensato, cesa en tus llantos; el destino de los dioses bien puede ser el tuyo: ¿querrás sobrevivir al mármol ó al hierro y sustraerte á la ley que hiere las naciones, los idiomas, los orbes?

LIV. Las fronteras del Epiro se alejan y sus montañas decrecen; el ojo, fatigado de medir su altura, reposa con gusto en el valle, el mas unido que jamás la primavera haya revestido de sus verdes colores. Aun en la misma llanura las bellezas de la naturaleza no están desprovistas de grandeza; porque de cuando en cuando un cauce magestuoso destruye la monotonía; elévanse los bosques á lo largo de la ribera y sus imágenes se mecen en el espejo de las ondas, ó duermen en ellas con los rayos de la luna á la solemne hora de la media noche.

LV. El sol acababa de ocultarse tras las altas cumbres del monte Tomerite; no lejos murmuraba la estensa y rápida corriente del Laos; las sombras de la noche iban haciéndose mas espesas, cuando siguiendo con precaucion las revueltas de la escarpada orilla, Harold vió brillar, como meteoros en el cielo, los minaretes de Tebelen cuyos muros dominaban el rio. Acercándose á la ciudad apercibióse de un ruido confuso de armas y de voces, traído á sus oidos por la brisa que recorria la estension del valle.

LVI. Pasó por delante de la silenciosa torre del sagrado harem, y penetró en los vastos arcos de la puerta y pudo ver la morada del jefe, morada en la cual todo revelaba su pujanza. Una extraordinaria pompa rodeaba el déspota: la corte se agitaba entre el ruido de mil preparativos: esclavos, eunucos, soldados, convidados, santones esperaban allí las órdenes del señor. Por dentro era un palacio; por fuera una fortaleza: Hallábanse allí reunidos hombres de todos los climas.

LVII. Abajo, corceles ricamente enjaezados, dispuestos para la guerra, y numerosas haces de armas estaban colocados en orden á lo largo de los muros de la vasta cuadra. Mas arriba, bizarros grupos llenaban el corredor, y de tiempo en tiempo uncaballero tártaro, con su elevada gorra de pie-

les se lanzaba al galope por la sonora puerta. El Turco, el Griego, el Albanés, el Moro con sus abigarrados trages se mezclan y se cruzan, mientras que los graves toques del tambor de guerra anuncian el fin del día.

LVIII. Mírase allí al feroz Albanés tan bello con su corto jubon que le llega á la rodilla, su cabeza envuelta en un chal, sus armas cinceladas al fuego y sus vestidos bordados de oro; al Macedonio con la banda de púrpura; al Delhi con su formidable turbante y su encorvada cimitarra; al Griego, lleno de vivacidad y de ligereza; al hijo mutilado de la negra Nubia; al Turco de larga barba, que rara vez se digna hablar, y dueño de todo cuanto le rodea, se cree demasiado poderoso para ser afable.

LIX. Los unos, reunidos en grupos, yacen tendidos en el pavimento y observan la variada escena que los rodea; mas lejos algun grave musulman dirige su plegaria al Profeta; muchos fuman; otros juegan; aquí el Albanés se pasea apuestamente; allí el Griego hace oír su charla y sus murmuraciones. ¡Escuchad! la voz del muezín resuena en lo alto del minarete de la mezquita y hace oír el grito acostumbrado de cada tarde: «¡No hay mas dios que Dios!... A la oracion! ¡Dios es grande!»

LX. Era esto durante la estacion en que se observa el ayuno del Ramadán: la abstinencia duraba toda la larga jornada, mas desde que habia desaparecido el tardio crepúsculo, se entregaban de nuevo á los placeres de la mesa. En un instante todo se puso en movimiento en el palacio: numerosos criados prepararon y sirvieron un abundante desayuno. La galería habia quedado desierta y silenciosa: pero un ruido confuso partia de las habitaciones interiores y los pages y los esclavos entraban y salian sin cesar.

LXI. En esos sitios no se oye jamás una voz femenina. Encerradas en un recinto retirado las mujeres salen rara vez y siempre guardadas y veladas: deben ellas á un solo esposo su persona y su corazon, y habituadas á su cárcel, apenas sienten el deseo de abandonarla. Hállanse felices con el amor de su dueño y los dulces cuidados de la maternidad; cuidados deliciosos, cuyos encantos no iguala ningun otro sentimiento. Cada una cria con infinito amor el ser que ha llevado en sus entrañas y no piensa en alejarlo nunca de su seno, del que una pasion menos pura no ha de turbar la paz.

LXII. En un kiosco enlozado de mármol, en el centro del que salta el agua viva, cuyo murmullo difunde á su rededor una dulce frescura, sobre un lecho voluptuoso que invita al descanso, vese tendido á Alí, hombre probado en la guerra y en los sufrimientos, cuyo rostro venerable lleva el sello de un carácter tan dulce, que no se podrian leer en él los pensamientos crueles que le agitan y los crímenes que han dejado en su alma una mancha indeleble.

LXIII. No es que esa larga barba que adorna su rostro no pueda conciliarse con las pasiones de la juventud: el amor somete la vejez á sus leyes: Hafiz (1) lo ha declarado; el poeta de Teos (2) lo ha repetido á menudo en sus versos que llevan el sello de la verdad. Pero el crimen sordo á la voz suplicante de la piedad, el crimen odioso en todos los hombres pero sobre todo en los viejos, semejante crimen lo ha marcado con su diente de tigre. La sangre llama á la sangre; los que han empezado su carrera haciéndola correr, la terminarán por un desenlace sangriento.

LXIV. El peregrino fatigado se detuvo algun tiempo en ese sitio en medio de tantos objetos nuevos para él. Pero pronto, cansado del fausto musulman, solo vió con disgusto aquel vasto palacio mansion de las riquezas y el desorden, albergue escogido por un hombre harto ya de su propia grandeza, para escapar al ruido de la ciudades; pero la paz no se encuentra ciertamente en el seno de artificiales goces.

(1) Poeta persa.

(2) Anacreon.

y cuando el placer y la ostentacion están reunidos, se destruyen mutuamente.

LXV. Los hijos de la Albania albergan un corazón feroz; y sin embargo muestran virtudes que solo adolecen de falta de cultivo. ¿Qué enemigo les ha visto jamás las espaldas? ¿Quién sabe soportar mejor que ellos las fatigas de una campaña? Sus montañas no son un asilo mas seguro que su fidelidad, inviolable en los tiempos mas difíciles. Si es mortal su venganza, su amistad es invariable. Tan pronto como el reconocimiento y el deber reclaman su sangre, se lanzan intrépidos tras de su jefe.

LXVI. Harold los vió en el palacio del pachá corriendo en tropel para marchar al combate y á la gloria: los volvió á ver mas tarde cuando cayó en sus manos perseguido momentáneamente por la suerte. En esas horas de angustia es cuando los malvados nos oprimen; pero los Albaneses lo acogieron bajo su techo. Los pueblos menos bárbaros no lo hubieran recibido tan hospitalariamente, y sus compatriotas se hubieran mantenido en desvío. ¡Cuán pocos corazones resisten á semejantes pruebas!

LXVII. Un dia, en efecto, vientos contrarios arrojaron su buque sobre las escarpadas costas de Sulí: todo era á su derredor desolacion y tinieblas. La ribera era formidable, mas formidable todavía era el mar; no obstante los marinos vacilaron algun tiempo, no osando confiarse á una tierra en que podia esperarles la traicion. Por fin se aventuraron, no sin temer todavía que poblaciones igualmente enemigas del Franco y del Turco renovasen las sangrientas escenas que habian ya deshonrado sus riveras.

LXVIII. ¡Vanos terrores! Los Suliotas presentándoles una mano amiga, los guiaron por entre las rocas y los pérfidos atajos. Mas humanos que los esclavos civilizados, aunque menos pródigos de palabras aduladoras, reaniman la llama del hogar, ponen á secar los húmedos vestidos de los naufragos, llenan la copa de la hospitalidad, encienden la alegre lámpara y traen una comida, frugal es cierto, pero la única que pueden ofrecer. ¿No es este el verdadero precepto de la humanidad; dar abrigo al fatigado, consolar al afligido? ¡Semejante conducta es una leccion para los felices del mundo, un reproche para los malvados!

LXIX. Cuando Harold quiso abandonar esas montañas hospitalarias, encontróse con que dos pandillas de merodeadores interceptaban al camino llevando en todas direcciones el hierro y el fuego. Tomando, pues, una escolta de hombres habituados á la guerra y á las fatigas franqueó con ella las vastas selvas de la Acarnania, y solo de ella se separó al reconocer las blancas olas del Achelous, desde cuyas riveras se descubren las llanuras de la Etolia.

LXX. En los lugares donde el Vtraikéy forma una redonda ensenada en la que las olas fatigadas se refugian para ostentarse quietas y brillantes, cuan sombrío es á la media noche, el follage de esos árboles que coronan la verde colina y se abalanzan hacia el seno de la tranquila bahía, mientras que la brisa occidental murmura dulcemente sin marcar un pliegue en la superficie tranquila de las aguas! Allí fué donde Harold recibió una amigable acogida: no pudo contemplar sin emocion ese gracioso cuadro, porque hallaba placeres inefables en el espectáculo de las noches.

LXXI. Los fuegos nocturnos brillaban en las arenas de la ribera; la comida estaba concluida, la roja copa circulaba rápidamente y aquel á quien la casualidad hubiese puesto frente á esos grupos, no hubiera podido verlos sin admiracion. Antes de que hubiese pasado la silenciosa hora de media noche, empezaron la danza del país. Cada palikaro depuso su sable, y todos dándose la mano, se pusieron á dar saltos á compás, murmurando un canto bárbaro.

LXXII. Childe-Harold se mantuvo en pasiva espectacion, observando no sin placer los movimientos de la alegre tropa; porque no era enemigo de un gozo inocente aunque un tanto grosero, y efectivamente no es vulgar el espectáculo que ofrecen esas danzas bárbaras pero decentes, esos rostros iluminados por las llamas del hogar, esos gestos lle-

nos de vivacidad, esos ojos negros y brillantes, esas largas cabelleras cayendo en ondas hasta la cintura: mientras ellos repetian en coro estas palabras medio declamadas medio cantadas:

1. ¡Tambor! ¡Tambor! Tu llamada dá á los valientes la promesa de los combates y la esperanza del botin: á tus sonos guerreros vese levantarse todos los hijos de las montañas, el Qimariota, el Ilirio y el moreno Suliota.

2. ¡Oh! ¿quién vence en bravura al moreno Suliota, revestido de su túnica blanca como la nieve y de un capote velludo? El abandona su rebaño salvaje á los lobos y á los buitres y descende á la llanura como el torrente de la roca.

3. Los hijos de Qimarí que jamás olvidan el ultraje de un hermano, ¿irán á perdonar la vida á un enemigo vencido? Nuestras fieles carabinas se negarian á semejante desdén de la venganza: ¿qué blanco es mas bello que el pecho del enemigo?

4. La Macedonia envia sus hijos invencibles que abandonan por un tiempo la caza y sus cavernas: pero sus bandadas rojas como la sangre serán aun mas rojas antes de que el sable vuelve á entrar en la vaina y se haya concluido la batalla.

5. Los corsarios de Parga que viven sobre las olas y que enseñan á los pálidos Francos lo que es ser esclavos dejarán en la costa sus remos y sus largas galeras para conducir los cautivos á su prision.

6. Yo no envidio los placeres de la riqueza: mi sable sabrá conquistar lo que el cobarde ha de comprar; conquistará la prometida jóven de larga cabellera flotante, arrancará á las vírgenes del seno de su madre.

7. Yo gusto de la hermosura de la jóven vírgen; sus caricias me mecerán, sus acentos harán mis delicias; que traiga su lira de cien cuerdas y que nos cante una cancion sobre la derrota de su padre.

8. Recordad el momento en que cayó Prévessa; los gritos de los vencedores, los gemidos de los vencidos, los techos incendiados por vuestras manos, los ricos á quienes dimos muerte, las bellas á quienes perdonamos.

9. No hablemos de piedad, no hablemos de temor; esas palabras deben ser desconocidas para el que quiera servir al vizir, porque desde los tiempos del Profeta el Creyente no ha visto un jefe mas glorioso que Ali-Pachá.

10. El sombrío Muchtar su hijo ha sido enviado al Danubio: los *Guiaures* de rubios cabellos verán con terror sus colas de caballo: cuando sus Delhis sangrientos habrán aniquilado sus batallones; cuán pocos Moscovitas volverán á ver su patria!

11. ¡Selictar! ¡saca de la vaina la cimitarra de nuestro jefe, tambor! tu llamada nos promete los combates. Y vosotros, montañas, que nos habeis visto descender á la ribera ó volveremos vencedores ó no volveremos mas.

(Continuará.)

Editor responsable.—José Arrufat y Torrens.

Barcelona: Imp. de Ramirez y Comp.^ª—1867.